

Hogares y fratrías mexicanas en Estados Unidos: varias historias de vida, una historia de familia*

Daniel Delaunay**

Françoise Lestage***

Los autores presentan un análisis de la familia mexicana en Estados Unidos destacando su complejidad. Esta se expresa en los rasgos que la distinguen del país de origen y del de destino y también por los cambios que se hacen patentes por la influencia del tiempo. Los autores buscan conocer la composición del parentesco en las familias emigrantes, su evolución en función del ciclo de vida y la interacción de los calendarios civiles y migratorios. Hacen también referencia a las modificaciones familiares vinculadas al proceso migratorio, a los cambios que tienen lugar en el calendario civil de uniones o nacimientos, a las transformaciones suscitadas por la influencia de eventos laborales o matrimoniales y al tipo de decisiones migratorias que se construyen en los ámbitos familiares.

Introducción

¿Cómo evoluciona la familia mexicana cuando cruza la frontera? ¿Pierde su cohesión, amenazando los “valores familiares” estadounidenses?, de ser así ¿cómo protesta la opinión pública? ¿Se organiza la familia exclusivamente en torno a la reproducción o según una cohabitación impulsada por la migración internacional? ¿Modifica esto el calendario civil de uniones o nacimientos? ¿El empleo o el matrimonio aplazan el calendario migratorio? ¿Existen estrategias migratorias desarrolladas en el interior de la familia extensa y cuál es su peso en las decisiones de partir o establecerse? Para abordar estas cuestiones, el presente trabajo asocia la observación antropológica con el análisis demográfico, apoyándose en dos fuentes de información.

Las primeras conclusiones se apoyan en el amplio alcance estadístico de los últimos censos estadounidense y mexicano que utilizaron como unidad de observación el hogar. Son inventarios exhaustivos, aunque el tratamiento requerido por las preguntas planteadas se basa

* Este trabajo se realizó en el marco de un acuerdo de cooperación científica entre El Colegio de la Frontera Norte de Tijuana y el Institut Français de Recherche en Coopération pour le Développement (ORSTOM). Traducción de Lucrecia Orensan. Revisión de Carlos Echarri.

** Demoeconomista, ORSTOM-Colef.

*** Antropóloga del Colef (El Colegio de la Frontera Norte) y asociada al CREDAL (Centre de Recherche et Documentation sur l'Amérique Latine).

en una muestra de cuestionarios censales individuales.¹ Corresponden al año 1990 y presentan por lo tanto una visión transversal de la estructura del parentesco en los hogares mexicanos que se quedan en el país y en aquellas familias que emigran a Estados Unidos. La explotación de la muestra de cuestionarios censales estadounidenses desde 1850 completa este examen con una perspectiva histórica extensa. Anexo, el lector encontrará una breve relación metodológica de los tratamientos utilizados.

La segunda fuente de información es una encuesta antropológica concebida y elaborada para este trabajo y de alcance estadístico limitado a un contexto urbano y otro rural en California. La encuesta pretende, en primer lugar, partir del hogar, que es la unidad elemental de observación censal, para analizar las cooperaciones migratorias entre los hermanos de una misma *fratría*. El interés en la *fratría* del migrante nace de la frustración de saber la fuerza y alcance de las incitaciones familiares sin poder aprehenderlas más allá del hogar para el cual existen estadísticas. Así, nuestro análisis complementa otras formas de extensión, como las que realizó Massey (1987: 140-141), que se interesa en los grupos formados por los hombres de la familia, o la perspectiva elegida por Hondagneu-Sotelo (1994), que enfatiza la relación entre géneros. Aquí, en cambio, las mujeres no se conciben sólo en relación con su compañero o esposo, sino en el conjunto de su contexto familiar. A la vez, la encuesta reconstruye las biografías migratorias de los miembros de la *fratría*, registradas al mismo tiempo que otras tres historias de vida: la primera en relación con las uniones, la segunda con el empleo y la tercera con el calendario de nacimientos. Nuestro objetivo no era tanto establecer con precisión estos calendarios, sino verificar su final interacción: preguntarse si los eventos de la formación familiar o la obtención de un empleo aplazan o precipitan una partida, o si finalmente la disuaden. El método que se utilizó (desarrollado inicialmente por E. Lelièvre y D. Courgeau) no hace que la ocurrencia de la migración dependa sólo de un estado fijo, captado al momento de la encuesta, sino de la anterioridad de otro evento, como un cambio en el estado matrimonial o en la situación profesional. Nuevamente en el anexo una rápida presentación de la encuesta y de los lugares de la encuesta permitirá situar mejor nuestras conclusiones.

¹ Cinco por ciento de los datos estadounidenses (IPUMS) y 1% de las estadísticas censales mexicanas (INEGI).

En su momento surgirán otras cuestiones, a lo largo de una presentación en dos partes, formada cada una según la disposición de las fuentes estadísticas y la naturaleza de las unidades de observación. La primera parte se interesa en el hogar y analiza las estadísticas censales. Pone en evidencia la creciente complejidad de las familias de mexicanos migrantes, examinada entre un país y el otro, a lo largo del ciclo de vida del hogar y durante el siglo pasado. La segunda parte intenta describir estos cambios con los testimonios de los actores, a partir del análisis estadístico de sus biografías. Se precisa el carácter de las cooperaciones entre el migrante y sus hermanos y hermanas y se cuestiona si se puede utilizar una estrategia migratoria para explicar el innegable efecto de estímulo entre los miembros de la fratria.

Creciente complejidad de la familia de los migrantes

Disposición de los parientes: comparaciones binacionales

Los análisis presentados a continuación resultan del tratamiento estadístico de una muestra de cuestionarios censales estadounidenses y mexicanos de 1990. La disposición de los microdatos permite detallar, más allá de los cuadros publicados, tanto la composición de los hogares como el carácter de las relaciones de parentesco que vinculan al jefe con sus miembros. La concordancia exacta de los dos censos en el tiempo y un importante esfuerzo de homogeneización, ofrecen la oportunidad de comparar los hogares mexicanos en México con aquellos establecidos en Estados Unidos y de determinar en qué medida se distinguen de las unidades estadounidenses, sean o no de origen mexicano.

El cuadro 1 compara los diferentes tipos de hogar en cada una de las poblaciones. Se establecieron los mismos criterios para los dos censos, lo cual obligó a hacer un retratamiento de la muestra censal mexicana (1990), con el fin de evitar una tipología discordante con las estadísticas estadounidenses (véase el anexo 1). Los hogares definidos como *nucleares* comprenden a una pareja (el jefe de hogar y su cónyuge)² con o sin hijos (de un primer o segundo matrimonio), o bien se limitan a uno de los padres que vive sólo con su prole. Se

² Para establecer un acuerdo, el "unmarried partner" [pareja no casada, pareja consensual] se consideró como un cónyuge formal.

consideran *extendidos* los hogares que incluyen parientes que no pertenecen a la célula nuclear, sean colaterales o ascendientes, independientemente del grado de parentesco. Los hogares *compuestos* se definen como extensiones de las formas nuclear o extendida, con la presencia de individuos sin lazos de parentesco con el jefe del hogar. Los hogares *unipersonales* no contienen otros parientes, mientras que, según el criterio establecido (que difiere del criterio del INEGI; véase el anexo 1), los hogares *pluripersonales* pueden reunir parientes que no sean los cónyuges o hijos.

CUADRO 1
Tipología de los hogares, según su situación migratoria, en porcentajes

<i>Tipos de hogar</i>	<i>Hogar encabezado por un estadounidense</i>	<i>Hogar encabezado por un inmigrante mexicano</i>	<i>Hogar encabezado por un mexicano-estadunidense</i>	<i>Hogar mexicano en México*</i>
Nuclear	62.8	54.6	64.2	71.7
Extendido	5.2	21.9	11.2	14.4
Compuesto	2.0	8.5	3.9	5.4
Unipersonal	24.9	6.8	15.0	4.9
Pluripersonal	5.1	8.2	5.7	3.6
Total	100.0	100.0	100.0	100.0

* Esta distribución resulta de aplicar el retratamiento a la muestra de 1%, aunque esté disponible en los cuadros publicados, con el fin de armonizar las definiciones.

Estas estadísticas ponen en evidencia la menor frecuencia de los hogares nucleares entre los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos (incluso en relación con la sociedad estadounidense), así como una mayor proporción de hogares unipersonales (6.8% contra 4.9% en México), diferencia que sin embargo es modesta comparada con el individualismo estadounidense (una cuarta parte de los hogares son de personas solas), e incluso con los estadounidenses de origen mexicano (15%). Lo que distingue a los migrantes censados en Estados Unidos es una mayor complejidad familiar: las proporciones de hogares extendidos, compuestos y pluripersonales son mayores que en las otras tres poblaciones. Uno piensa inmediatamente en una formación de hogares dictada no sólo por la reproducción, sino también por la hospitalidad debida u ofrecida a parientes y conocidos. Para precisar los cambios provocados por la migración, los siguientes cuadros clasifican a los individuos según su lazo de parentesco con el jefe

de hogar; la categoría de parentesco a la que pertenecen se expresa en número promedio de personas por cada cien hogares agrupadas por tipo. Se distinguió a los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos (véase el cuadro 2) de los mexicanos en México (véase el cuadro 3).

CUADRO 2
Distribución de los parientes según el tipo de hogar, inmigrantes mexicanos en Estados Unidos, 1990

	<i>Nuclear.</i>	<i>Exten- dido</i>	<i>Com- puesto</i>	<i>Uni- personal</i>	<i>Pluri- personal</i>	<i>Extendido y compuesto</i>
Jefe de hogar	100	100	100	100	100	100
Cónyuge	81	78	53	-	-	65
Hijos e hijas	215	223	191	-	-	205
Yernos y nueras	8	7	9	-	-	8
Hermanos (as)	-	53	-	-	76	66
Padre, madre	-	12	-	-	17	10
Nietos, nietas	-	37	-	-	6	25
Otro pariente	-	86	-	-	58	113
Inquilino, pensionado	-	-	40	-	19	40
Coinquilino	-	-	81	-	77	79
Concubino (a)	6	5	17	-	-	12
Otro no pariente	-	-	59	-	20	51

Fuente: IPUMS (1995).

CUADRO 3
Distribución de los parientes según el tipo de hogar, mexicanos en México, 1990

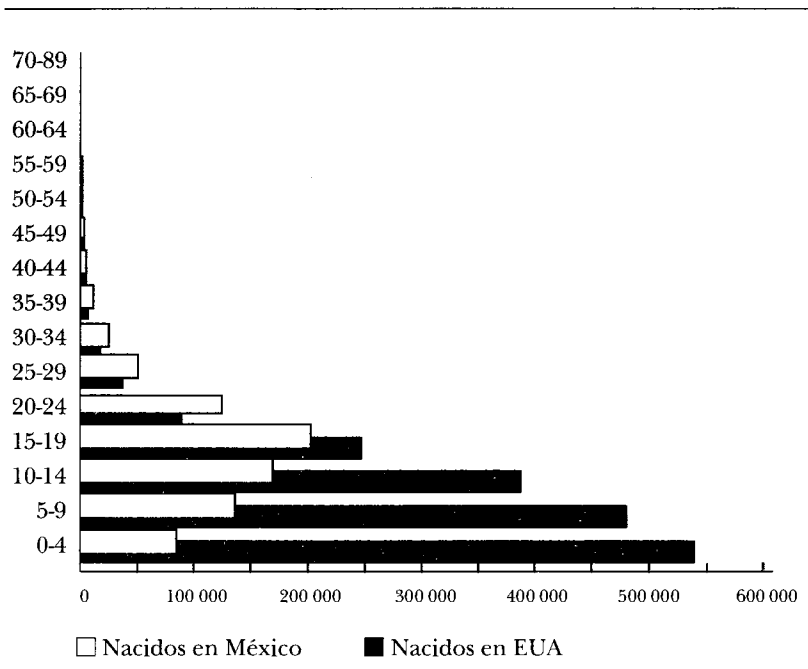
	<i>Nuclear.</i>	<i>Exten- dido</i>	<i>Com- puesto</i>	<i>Uni- personal</i>	<i>Pluri- personal</i>	<i>Extendido y compuesto</i>
Jefe de hogar	100	100	100	100	100	100
Cónyuge	85	73	83	-	-	77
Hijos e hijas	286	278	296	-	-	306
Yernos y nueras	1	1	1	-	-	2
Hermanos (as)	-	17	-	-	64	18
Padre, madre	-	18	-	-	19	14
Nietos, nietas	-	83	-	-	25	80
Otro pariente	-	72	-	-	44	79
Otro no pariente	-	-	84	-	33	91
No declarado	6	6	108	-	34	87

Entre los jefes de hogares migrantes, el predominio masculino al frente de los hogares va en retroceso (en México se cuentan sólo 1.5 esposos por cada 100 esposas). El alejamiento, aunque también el trabajo femenino, favorecen esta mayor independencia, que después de todo es bastante moderada. Lo que cambia más radicalmente es el número de mujeres que dirigen hogares monoparentales (el número de hombres en esta situación se equilibra entre las dos poblaciones). Como regla general, es decir, independientemente de la condición migratoria, la presencia de mujeres al frente del hogar se vuelve más frecuente cuando aumenta la complejidad de la unidad de residencia. Pero quizás sería más exacto decir que una mujer que costea sola la educación de sus hijos se verá obligada con mayor frecuencia a buscar ayudas exteriores: la feminización se acentúa cuando se pasa de los hogares nucleares a los extendidos, y aún más cuando se pasa a los compuestos. Sin embargo, este fenómeno sigue siendo menos pronunciado entre los inmigrantes, lo cual puede indicar que el flujo migratorio contribuye más a la extensión de los hogares que a la necesidad de una ayuda doméstica para las madres solteras.

El número promedio de hijos e hijas del jefe del hogar disminuye notablemente con la emigración, desviación que concuerda con la diferencia de fecundidad entre los dos grupos; pero también hay que notar que parte de los hijos de los migrantes se queda en el país. Llevarse de preferencia a los hijos varones explica probablemente la mayoría masculina entre la progenie declarada de los inmigrantes. En relación con los hijos, el hecho más notable es la multiplicación de los que nacen ya en suelo estadounidense. La pirámide de edades presentada en la gráfica 1 precisa este cambio mostrando sólo la descendencia de los inmigrantes: se distingue la parte de la progenie debida a la migración o al reagrupamiento de la familia, de la parte debida a la creciente reproducción fuera de México. La preponderancia de hijos nacidos en suelo estadounidense es aplastante: más de cien mil nacimientos al año en 1990, lo cual multiplica por seis el número de niños inmigrantes menores de cinco años. El desequilibrio se invierte apenas en las edades de movilización independiente.

Los yernos y nueras son más numerosos entre los inmigrantes, pero la proporción es tan grande que se puede temer una divergencia oculta respecto a las definiciones o a su interpretación. En esto hay que ver sobre todo —aunque sin poder ofrecer una medida real— la huella de las familias que, después de una ruptura migratoria, se vuelven a formar en Estados Unidos, en un contexto social que acep-

GRÁFICA 1
Distribución de los hijos del jefe del hogar inmigrante según el lugar de nacimiento, 1990



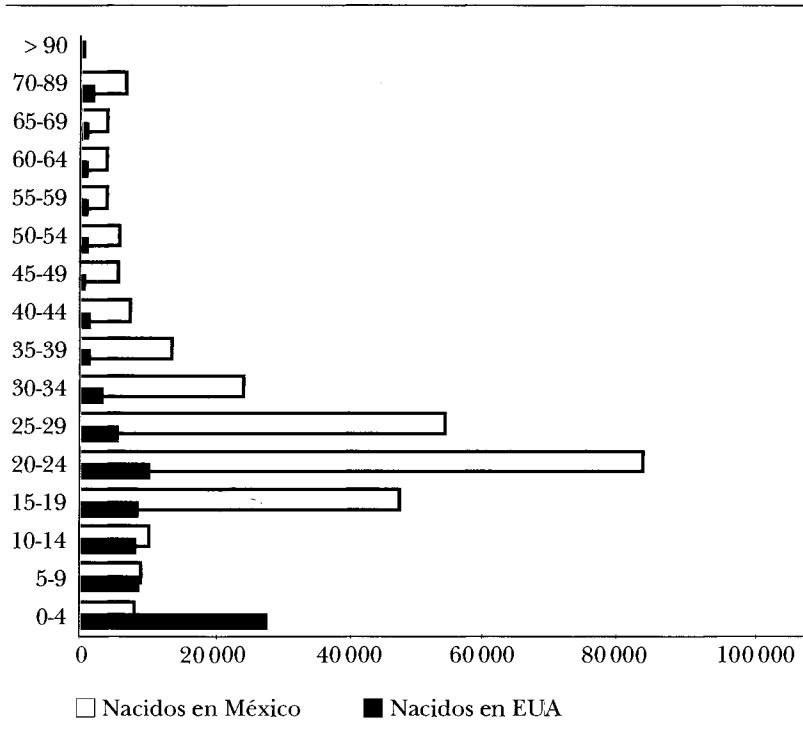
ta mejor los divorcios o los nuevos matrimonios. Tampoco es raro que las mujeres con ruptura matrimonial en México busquen en Estados Unidos condiciones económicas y sociales más favorables.

La multiplicación del número de parientes colaterales en los hogares de los inmigrantes parece revelar los pasos de un escalafón migratorio, pues son tres veces más numerosos que en el mismo tipo de hogares residentes en México.³ La amplitud de esta cohabitación y otros índices sugieren que las familias establecidas en Estados Unidos atraen y acogen a hermanos y hermanas, que aprovechan la oportunidad para emigrar. Mientras que en México un jefe de hogar alberga igualmente a un hermano o una hermana (aunque a partir de los

³ Excepto en el caso de la residencia pluripersonal, donde el aumento en el número de parientes colaterales es moderado.

GRÁFICA 2

Individuos de parentesco diverso que viven con el jefe del hogar inmigrante mexicano en Estados Unidos, 1990



cuarenta años las mujeres se vuelven rápidamente dos veces más numerosas), en Estados Unidos el inmigrante acoge sobre todo a hombres, que son tres veces más numerosos entre los 20 y 29 años y dos veces más numerosos hasta los 59 años. Ésta es la señal de la presión migratoria: el desequilibrio es mucho menor entre las familias estadounidenses de origen mexicano, así como sus parientes colaterales son menos numerosos.

Los padres y madres tienden menos a reunirse con sus hijos si se encuentran en Estados Unidos (12% contra 18% en México). La diferencia es poco significativa porque el censo mexicano incluye a los suegros en este grupo. Se ignora si estos ascendientes precedieron a sus hijos en el extranjero (pero entonces los hijos que los acogen serían

en muchos casos ciudadanos estadounidenses) o si llegaron después de que sus hijos ya se habían establecido. Nótese que el número de madres prevalece sobre el de padres y que la mayoría son nacidas en México. Esto refuerza la hipótesis de un recibimiento después de la muerte del esposo.

Los "otros parientes" también aparecen más entre los inmigrantes, pero la diferencia es modesta (en relación con México, su presencia aumenta entre 20 y 43%, según el tipo de parentesco); deben matizarse con reservas más serias la veracidad de las respuestas, porque los individuos de situación incierta son numerosos en las estadísticas censales mexicanas. Su estructura por edad denota no obstante una presencia masiva de adultos jóvenes, confirmando su origen migratorio y el recibimiento del que se benefician con los inmigrantes. Hombres y mujeres tienen la misma distribución por edad, aunque los primeros son alrededor de dos veces más numerosos. Una anomalía sin explicación merece señalarse: el número excesivo de niños menores de cuatro años (tres veces y media mayor que el de los niños mexicanos) que se declaran nacidos en Estados Unidos (véase la gráfica 2). Difícilmente se imagina una causa natural para esta singularidad, porque justo después se establece el equilibrio, desde los cinco y hasta los quince años, cuando se hace sentir la presión de los inmigrantes. Las fechas y edades hacen pensar en la regularización permitida por la IRCA,⁴ que debió beneficiar a los niños confiados a sus parientes (¿con una falsa declaración?). Los niños pueden haber nacido legalmente de padres migrantes que ya regresaron a su país y haber sido colocados en las familias de los parientes cercanos para aprovechar su ciudadanía estadounidense. Sin embargo, el argumento tendría más fuerza en las edades escolares, cuando la ventaja sería mayor.

De un lado y del otro de la frontera, la distribución por edades de los mexicanos que viven solos presenta un perfil comparable, que sin embargo se distingue del de los mexicoestadunidenses. Las diferencias se deben a la deformación migratoria de la pirámide de edades de los emigrantes: sobrerrepresentación de hombres al principio de su madurez, menos personas activas hacia el final de su vida, aunque más en las edades de la jubilación. En general, los migrantes prefieren una residencia compartida, siendo cuatro veces y media más propensos a vivir en un hogar pluripersonal; sin embargo, para un 60%

⁴ Immigration Reform and Control Act, aceptada en 1986.

de las personas, esta reunión se realiza a partir de un lazo de parentesco. La mayoría de los migrantes acogidos por un hogar pero que no están emparentados con el jefe de familia son pensionados y/o coinquilinos.

Las modificaciones durante el ciclo de vida

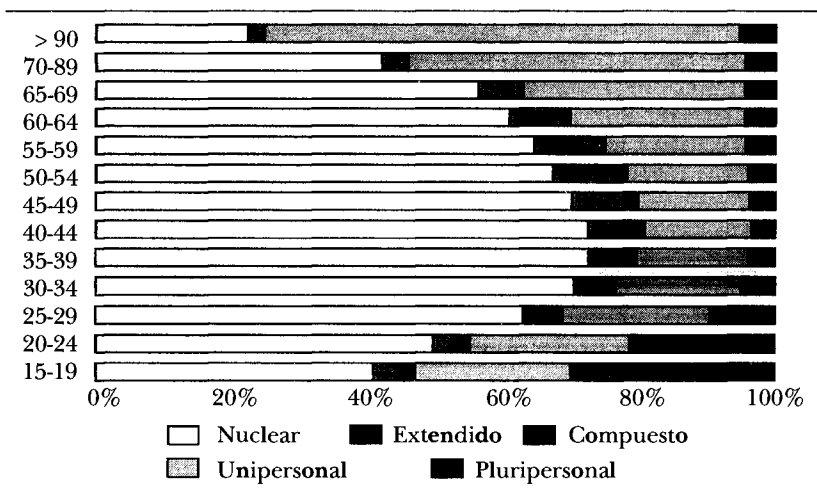
Tomemos el caso de Óscar,⁵ nacido en 1954 en el estado de Zacatecas y casado en enero de 1981. Óscar llegó solo a California en 1984 por los consejos de un hermano diez años mayor, que estaba ahí desde 1969. Un año después, en junio de 1985, su esposa se reunió con él en California, con sus hijos de tres y seis años. Durante los dos primeros años de su estancia, vivió en casa de su hermano, primero solo y después con su esposa e hijos. Al término de los dos años, un poco antes de que naciera el tercer hijo, se cambió a una casa que compró a crédito. Según el momento que se considere en la vida de Óscar, se observan tres tipos de hogar distintos: dos hogares complejos (hogar nuclear y hermano solo; luego la unión de los hogares nucleares de dos hermanos) y un hogar nuclear. Todas las comparaciones corren el riesgo de ser falseadas por la composición de la población migrante, que incluye una alta proporción de adultos jóvenes con comportamientos singulares.

La formación, fusión o disolución de hogares son eventos del ciclo de vida de los individuos, que conviene tomar en cuenta para comparar las formaciones familiares de poblaciones tan diferentes. Los datos censales transversales no detectan este calendario vital, pero considerar la edad del jefe de hogar permite una aproximación en poblaciones suficientemente grandes. Las gráficas 3-6 resumen el orden de las composiciones familiares en el ciclo de vida, según las situaciones migratorias. Las dos primeras comparan los hogares mexicanos y estadounidenses en su país respectivo, y las otras dos comparan los hogares encabezados por un inmigrante mexicano o por un mexicoestadunidense⁶ en Estados Unidos.

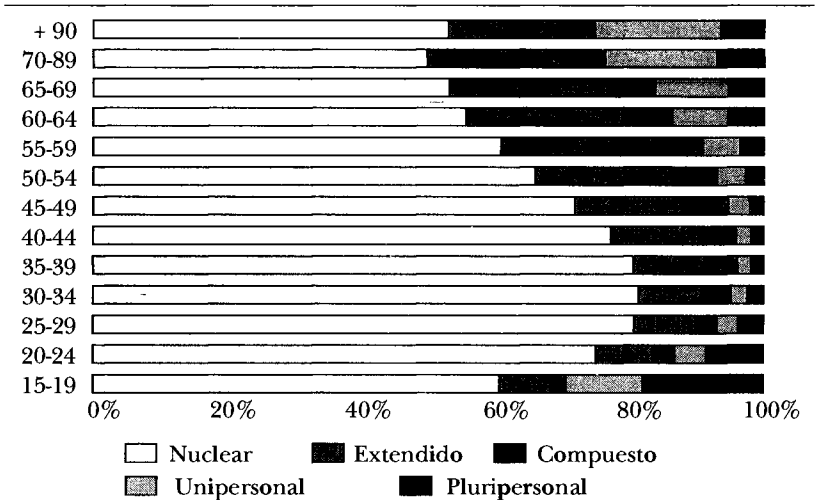
⁵ Informante de la encuesta realizada por los autores.

⁶ Las irregularidades que se observan entre inmigrantes y mexicoestadunidenses se deben a que el muestreo es insuficiente en ciertas edades.

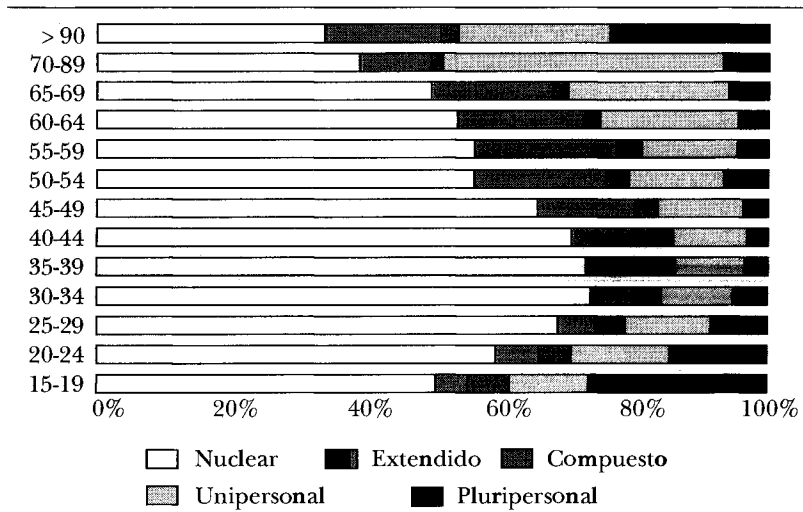
GRÁFICA 3
Tipología de los hogares según la edad del responsable, estadounidenses no mexicanos en Estados Unidos



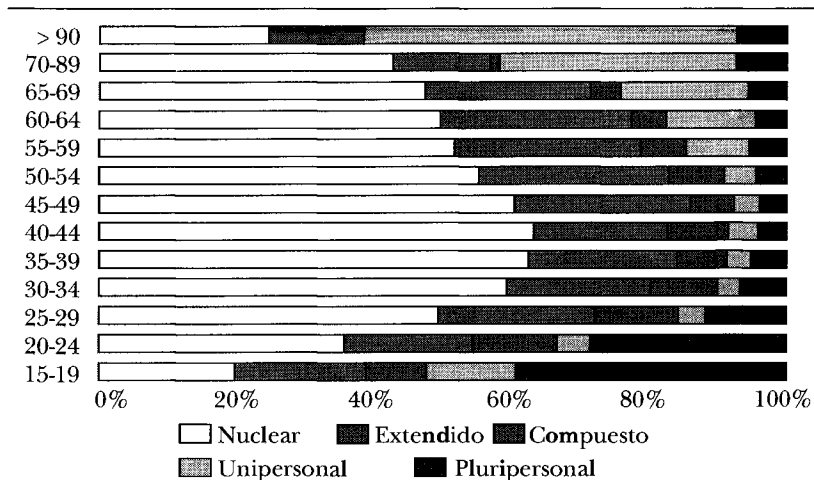
GRÁFICA 4
Tipología de los hogares según la edad del responsable, mexicanos en México



GRÁFICA 5
Tipología de los hogares según la edad del responsable,
mexicoestadunidenses en Estados Unidos



GRÁFICA 6
Tipología de los hogares según la edad del responsable, inmigrantes
mexicanos en Estados Unidos



Comparar a los mexicanos y estadounidenses servirá de referencia: en México se vive entre parientes prácticamente en todas las edades y las personas mayores son acogidas en un hogar al que dicen dirigir (el criterio para elegir al jefe del hogar difiere entre Estados Unidos y México).⁷ La tendencia a recibir parientes y amigos en el hogar aumenta con la edad del jefe del hogar, mientras que en Estados Unidos es una práctica de la madurez del ciclo familiar: en este país la complejidad familiar es débil al principio de la vida activa y entre las personas de la tercera edad, que en su gran mayoría viven solas. Casi se podría decir que la familia nuclear tiende a desvanecerse en ausencia de funciones reproductivas. Según las clasificaciones del INEGI, los hogares pluripersonales prácticamente no existen en el paisaje familiar mexicano; pero si se agregan las que reúnen a parientes que no pertenecen a la familia nuclear, su peso aumenta sensiblemente, hasta alcanzar cerca de la mitad del nivel observado en Estados Unidos.

El hogar estadounidense de origen mexicano es una mezcla de los dos mundos: la misma reticencia a compartir la familia recién formada, aunque una mayor disposición filial hacia los parientes mayores, que sin embargo tienden más a vivir solos que los de México. Los hogares pluripersonales son apenas menos frecuentes que entre los estadounidenses.

Las alteraciones más radicales se observan entre los inmigrantes mexicanos, y uno se pregunta cómo se acepta esta ruptura, cuando contrasta tanto con la costumbre tradicional de su país natal, donde se crió la mayoría de ellos. Las principales modificaciones de este perfil vital en los hogares de los migrantes son las siguientes:

– Una formación familiar más tardía que en los otros grupos, quizás porque los migrantes temporales no han tomado la decisión de establecerse, aunque también porque a los hombres aislados les resulta difícil encontrar una compañera en un “mercado matrimonial” que les es desfavorable.

– Esto se traduce en una práctica “a la americana” de coresidencia en hogares pluripersonales; se verá que estos hogares están mucho más difundidas que entre los estadounidenses, aunque siguen la misma graduación según la edad. Como estas estadísticas no com-

⁷ En México existe el acuerdo de designar a la persona de mayor edad como responsable del hogar, aunque sus hijos adultos la mantengan; en Estados Unidos se considera responsable al propietario o inquilino real de la vivienda.

prenden a las personas que viven en una institución, estamos ante un modo de residencia buscado por personas solas, migrantes temporales o gente aislada de su parentela o de su contexto social.

– Las estadísticas anteriores presentan a un mexicano que se resiste a vivir solo, lo cual se confirma para los migrantes adultos por una frecuencia muy poco superior a sus compatriotas que se quedan en su país, cuando se podría esperar que el exilio los llevaría a ello. En cambio, las personas mayores –a partir de los 55 años– eligen más gustosas una residencia independiente, o se ven cada vez más obligadas a hacerlo, al grado de constituir la mayoría cuando se pasa de los 90 años. Se confirma el acercamiento al modelo estadounidense, ya sea porque el sistema de jubilación lo permite, cuando este aislamiento residencial es buscado, o porque los hijos de ciudadanía estadounidense o que regresan a México se resisten a recibir a sus padres.

– Aunque un poco tardíamente, las familias de los migrantes (hogares nucleares, extendidos y compuestos) se forman de manera normal, según las normas mexicanas, es decir, más intensamente que entre los estadounidenses. Esto puede significar que desaparecen las dificultades enfrentadas al principio de la migración o, más bien, que después de los treinta años de edad un hombre sólo se queda si tiene esperanzas de formar una familia (recuérdese que los censos registran más correctamente a los hogares establecidos). La presencia o llegada de mujeres sería entonces una condición necesaria para el establecimiento de los migrantes temporales. Pero esta situación refleja tanto el reagrupamiento familiar autorizado por la IRCA como la elección de vida de los migrantes.

– Finalmente, es el recibimiento de individuos que no pertenecen a la célula nuclear lo que distingue más claramente al hogar del migrante. Se observa que la proporción de hogares extendidos aumenta con la edad (hasta los 65 años), mientras que disminuye la importancia relativa de los hogares compuestos. La apertura del hogar quizás beneficie cada vez más a los parientes mayores, de acuerdo con la práctica mexicana; en cambio, el alojamiento de personas sin parentesco directo con el jefe del hogar se acepta mejor entre las familias recién formadas, de acuerdo con la práctica de residencia compartida que tiene una gran aceptación entre los exiliados, aunque sobre todo al principio de la estancia.

Una complejidad reciente

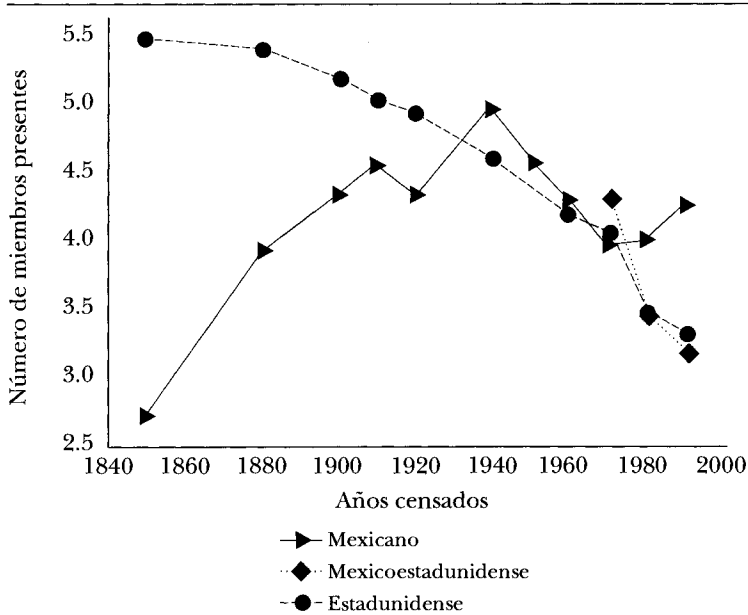
Esta complejidad del hogar expatriado, ¿es tan antigua como el éxodo o es fruto de una evolución reciente? En caso de que así sea, ¿se distingue de la dinámica estadounidense? Gracias al admirable trabajo de Ruggles y Sobek (1995) se dispone de una muestra homogeneizada de cuestionarios individuales de los censos estadounidenses desde 1850 (IPUMS, 1995), que permite describir el subconjunto de los individuos nacidos en México y, a partir de 1970, el de los estadounidenses de origen mexicano. De este modo, varios indicadores de la composición familiar se vuelven observables durante la historia completa de la inmigración mexicana a Estados Unidos. Estos indicadores no pueden compararse con el país de origen porque no hay microdatos disponibles para los censos mexicanos antes de 1990. Estas limitaciones obligan a contentarse con la simple observación del tamaño de los hogares y de la composición de las poblaciones según el parentesco con el jefe del hogar.

La gráfica 7 traza la evolución secular del tamaño promedio de los hogares encabezados por estadounidenses, por inmigrantes mexicanos⁸ y, a partir de 1970, por mexicoestadunidenses. Para los primeros la tendencia a disminuir es regular y se ajusta a la atomización familiar, debido sobre todo a la transición hacia una fecundidad cada vez mejor controlada. Ocurre lo contrario en los hogares encabezados por un mexicano de nacimiento, cuyo tamaño aumenta hasta alrededor de 1940, prácticamente duplicándose en un siglo, hasta alcanzar a grandes rasgos el del hogar estadounidense. En ese momento, sería naturalmente más grande debido a una fecundidad más generosa; es decir, hasta la segunda guerra mundial la familia mexicana se estableció en Estados Unidos de manera progresiva, pero incompleta, porque la inmigración no familiar seguía siendo importante. De 1940 a 1970 el tamaño promedio de los hogares de los inmigrantes tuvo una evolución descendente, de acuerdo con el resto del país y probablemente modificado por un mejor control de la reproducción. Como la fecundidad en México siguió siendo alta hasta alrededor de 1965, aunque ya estaba disminuyendo para los inmigrantes, la tendencia quizás se tradujo en una concentración de la migración familiar en

⁸ Lo cual evidentemente no equivale al conjunto de la población inmigrante mexicana, pues en las familias encabezadas por un inmigrante se encuentran estadounidenses y viceversa.

migraciones estacionales, impulsadas en particular por el programa *bracero*.⁹ Las dos décadas que cierran esta secuencia histórica presentan una inflexión divergente: el tamaño promedio de los hogares de inmigrantes mexicanos aumenta nuevamente, mientras que tanto en los hogares estadounidenses como en los de origen mexicano continúa la evolución descendente. La mayor complejidad en los hogares de inmigrantes observada actualmente es un fenómeno reciente, que tiende a aumentar con una inmigración creciente y gracias a los procesos de regularización de 1986.

GRÁFICA 7
Evolución del tamaño promedio de los hogares en Estados Unidos

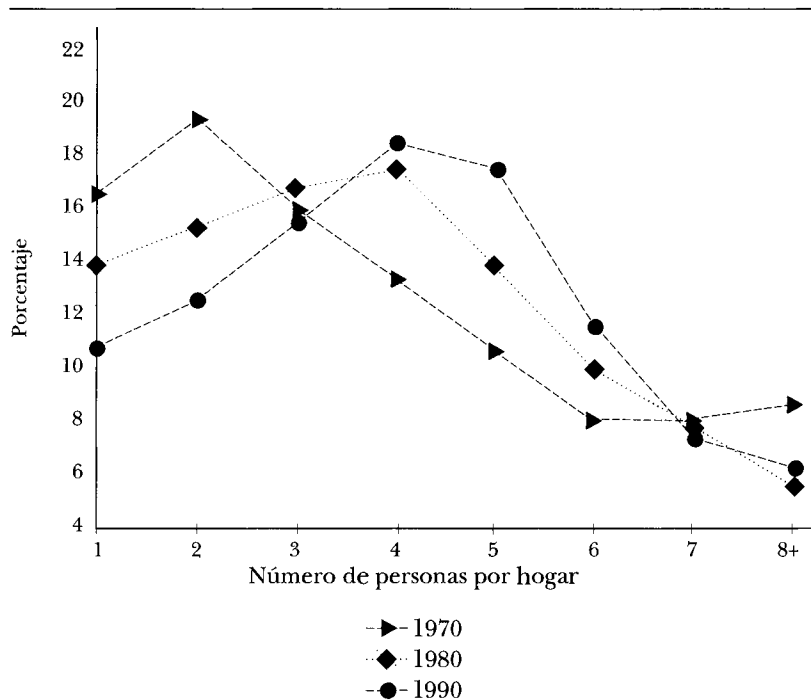


Fuente: IPUMS, 1995.

⁹ Programa de reclutamiento organizado de trabajadores agrícolas puesto en marcha en los años cuarenta.

La gráfica 8 completa esta observación mostrando que entre 1970 y 1990 ocurre un desplazamiento progresivo hacia una distribución normal de los hogares según su tamaño, centrada en cuatro o cinco personas. En 1970, los hogares de dos personas constituían la mayoría, y en veinte años los de una sola persona caen de 16.4 a 10.8% del conjunto. O bien estas familias llevan la marca de su reproducción, o bien la inmigración se ha equilibrado en favor de otros miembros de la familia, particularmente por reunificación familiar. Se notará que hasta ahora las familias numerosas (de ocho personas o más) recobran importancia en relación con 1980: la creciente complejidad se confirma.

GRÁFICA 8
Distribución por tamaño de los hogares encabezados por inmigrantes mexicanos



Fuente: IPUMS, 1995.

CUADRO 4
Evolución de la composición de los hogares encabezados por mexicanos en Estados Unidos

<i>Fecha</i>	<i>Jefe del hogar</i>	<i>Cónyuges</i>	<i>Hijos</i>	<i>Ascendientes*</i>	<i>Hermanos (as)**</i>	<i>Nietos</i>	<i>Otros parientes</i>	<i>No parientes</i>	<i>Instituciones</i>
1850	23.9	8.4	28.4	0.7	3.2	0.0	0.7	32.9	1.9
1880	23.0	15.5	43.7	1.0	2.5	2.7	1.2	9.8	0.4
1900	21.4	13.7	43.6	1.7	3.0	2.6	6.8	7.3	0.0
1910	19.6	13.9	48.0	1.0	1.8	3.0	1.3	11.0	0.5
1920	20.8	15.3	45.6	0.9	3.5	1.5	1.7	10.6	0.3
1940	19.5	13.7	55.2	1.2	2.0	2.7	1.6	3.6	0.5
1950	20.5	14.1	50.1	1.2	1.4	4.0	1.9	5.7	1.2
1960	22.5	15.4	47.8	0.9	1.5	4.7	2.5	3.4	1.3
1970	24.6	16.4	48.8	1.1	1.8	2.6	1.2	2.6	0.9
1980	24.0	16.7	46.1	1.1	3.7	1.7	2.2	4.0	0.5
1990	21.5	14.2	42.3	1.3	5.7	2.1	4.4	7.4	1.0

* Incluye a los ascendientes consanguíneos y políticos del jefe de familia.

** Al igual que con los padres y suegros, aquí se incluyeron los hermanos políticos (cuñados y cuñadas) con los hermanos de sangre.

Fuente: IPUMS, 1995.

Examinar la composición de parientes de los hogares de migrantes (véase el cuadro 4) ayuda a precisar el carácter de estas tendencias, para discernir mejor si se deben a la inmigración, a la reproducción o a la creciente complejidad de las unidades de residencia. La parte relativa de los hijos del jefe del hogar aumenta hasta alrededor de 1940, para disminuir marcadamente en una década, establecerse entre 1950 y 1970, y retroceder claramente al mismo tiempo que la fecundidad en México. Esto confirma que los hogares no le deben su extensión reciente a la reproducción. La parte de los cónyuges demuestra una relativa estabilidad a largo plazo, con un ligero aumento después de principios de siglo (pasando de 13.7% en 1900 a 16.7% en 1980, para retroceder en 1990); es decir, el establecimiento de los migrantes en hogares no es un fenómeno nuevo y se mantiene relativamente insensible a las variaciones a largo plazo. El hecho nuevo a partir de 1970 es la creciente importancia de personas que no pertenecen a la familia nuclear familiar. En primer lugar, los hermanos y hermanas, que representaban menos de 1% en 1960, alcanzan un

4.5% en 1990 (estas proporciones van de 1.5 a 5.7% si se asocian los cuñados, como en el cuadro 4); los parientes diversos¹⁰ aparecen en proporciones exactamente comparables, y finalmente los padres, cuyo número relativo se duplica en veinte años, hasta alcanzar 1% del conjunto (1.3% con los suegros). Los miembros no emparentados con el jefe del hogar también recobran fuerza a partir de 1970 (de 2.6 a 7.4%), aunque es después de un retroceso de más de un siglo.¹¹ Nótese por último que el número de personas en instituciones (rara vez superior a 1%) tiene un aumento relativo durante el programa *braceros*, aunque disminuye cuando se retoma una inmigración más equilibrada.

Este rápido sobrevuelo de un siglo y medio muestra que aquello que distingue a los hogares de los migrantes en 1990, a saber, la creciente presencia de parientes colaterales y de parientes que no pertenecen a la familia nuclear, es un fenómeno reciente que apareció entre 1960 y 1970. El resultado es un poco sorprendente si se piensa en el escalafón migratorio, pues es difícil de creer que en casi un siglo de éxodo, no haya aparecido antes. ¿Se deberá a la presión ejercida por una migración creciente? Conviene observar en conjunto la tensión familiar de hermanos más numerosos en este momento particular de transición demográfica, que es resultado de una decreciente mortalidad justo antes de que disminuya la fecundidad. Nunca antes los migrantes habían tenido tantos hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas, parientes en edad de probar su suerte: si existe un efecto de incitación, implica a un número inusual de individuos.

La fratría del migrante

La necesidad de considerar a la fratría del migrante se deriva simplemente de las conclusiones anteriores, puesto que una gran parte de la creciente complejidad de las familias resulta de la presencia de primos, hermanos, sobrinos u otros parientes. Una fratría más numerosa multiplica naturalmente las relaciones en su interior, las oportuni-

¹⁰ Todos los parientes del jefe del hogar, con la excepción de sus ascendientes, nietos y colaterales.

¹¹ Representaban 32% de los hogares en 1850, época en la que los mexicanos eran poco numerosos. Su migración masiva comenzó en 1884, con la llegada del ferrocarril a la frontera.

des de una migración. La encuesta realizada en California se propone explorar estos lazos, haciendo primeramente una lectura de las biografías del migrante y de sus hermanos y hermanas. Estas biografías miden la intensidad y el calendario de las salidas, así como su eventual interacción con los eventos de la vida civil o profesional. Después, las formas de cohabitación se analizarán dentro del mismo marco familiar extendido, considerando las razones expuestas por los migrantes. Los testimonios especifican diversos aspectos de la creciente complejidad detectada por las estadísticas transversales; permiten observar las nuevas prácticas residenciales imaginadas por los migrantes y su evolución a lo largo del ciclo de vida. Finalmente se plantea la cuestión de estrategias o solidaridades familiares entre los miembros de la fratría. ¿Es necesario recordar que la muestra no representa a la población mexicana, sino sólo a la familia de personas actualmente expatriadas y para las cuales buscamos determinar la singularidad?

Las carreras migratorias

A menos que se indique lo contrario, sólo se conservó la primera migración laboral; en la mayoría de los casos se descartaron los desplazamientos por migración de los padres, por seguir al marido o por razones turísticas. El tratamiento estadístico¹² de la edad de la primera migración (o de la primera unión o empleo) toma en cuenta el hecho de que las observaciones están truncas —no se observa a los individuos durante todo el tiempo que dura la exposición al riesgo de partir. Esto autoriza una estimación correcta del calendario de las salidas y de la proporción final de migrantes al final de su vida. Es igualmente instructivo poder determinar cómo ciertas características individuales modifican el curso de estas historias. La primera sección describe el calendario migratorio, después se describen los de las uniones y del empleo, buscando probar las eventuales interacciones entre los tres.

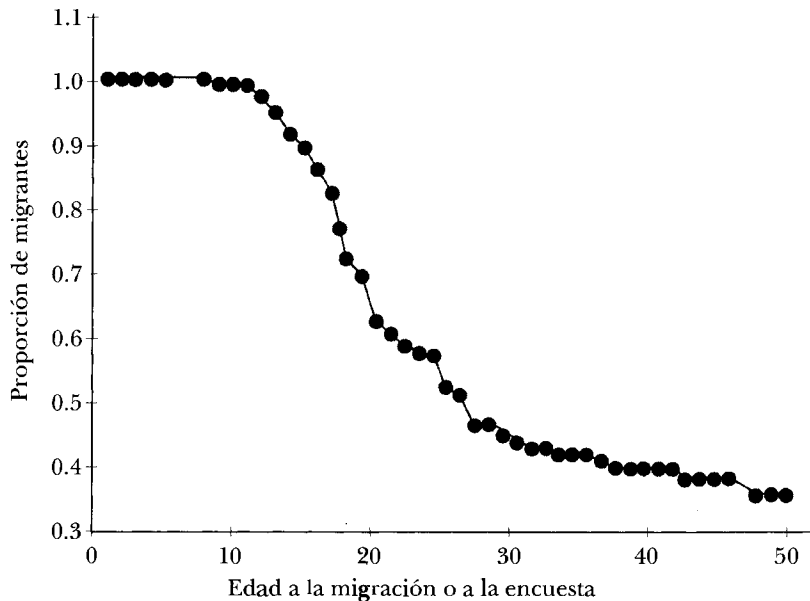
¹² El calendario de eventos se describió con el método de Kaplan-Meier, la influencia de los estados fijos se estimó con el modelo semiparamétrico de Cox y la influencia de calendarios perturbadores se trató con la ayuda de una extensión del método anterior a las variables dependientes del tiempo.

La primera migración

Conservando sólo las migraciones laborales, el calendario de las primeras partidas se distribuye de la siguiente manera, según la edad a la que se partió (véase la gráfica 9).

Se encontraron algunos pocos niños reclutados desde los diez años,¹³ normalmente en compañía de un pariente, pero la mayoría de las salidas ocurrió alrededor de los 20 años; sólo una persona de cada diez hace su primer intento después de los 30 años, una edad tardía en términos de carrera migratoria. La muestra no encontró nuevas partidas después de los 50 años (todas las biografías están trun-cas), momento en el que quedó 40% de los miembros de la fratría sin

GRÁFICA 9
Calendario de la primera migración laboral



¹³ Las marcas o salidas previas a los 15 años (la edad límite para integrarse a la encuesta) conciernen a individuos que habían alcanzado esa edad al momento de la encuesta pero que habían partido antes.

haber intentado una migración a Estados Unidos. La proporción es débil y ofrece una medida de la incitación de estas fraternías, que incluyen a por lo menos un emigrante internacional. Al reunir todos los motivos de una partida (como el turismo o la reunión con el esposo), resulta que 72% de los individuos han ido al menos una vez a Estados Unidos antes de los 50 años y la mitad ha migrado antes de los 25 años. Sorprende tanto la precocidad como el número de las salidas: en una fraternía con por lo menos un emigrante son cerca de tres de cada cuatro parientes los que han sido tentados por Estados Unidos; seis de cada diez para ir a trabajar.

Pero esta lectura mide tanto la extensión de las fraternías como el riesgo de exiliarse.¹⁴ Para ofrecer un mejor fundamento estadístico al efecto de incitación familiar, se buscó estimarlo sobre una base estadística más amplia y representativa de la población mexicana: la Enadid (Encuesta Nacional sobre la dinámica demográfica). Esta encuesta nacional, realizada por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) durante 1992, da lugar a un inventario de migrantes internacionales a partir de una muestra nacional de familias residentes en México.¹⁵ En un modelo construido para medir la influencia de los contextos regionales de la migración internacional (Delaunay, 1996), una característica familiar se distingue de todas las demás por su importancia. Se trata de la ausencia de un miembro de la familia en el extranjero. Literalmente, se multiplican por catorce las probabilidades de encontrar un migrante de regreso cuando otro miembro del hogar (pero no de la parentela) se encuentra todavía en Estados Unidos. Esta estimación no mide el mismo riesgo que la encuesta biográfica¹⁶ y la relación es en ambos sentidos (el pasado migratorio de la persona presente ha precedido en muchos casos la ausencia del migrante actual), pero ella traduce simplemente en una cifra la especialización migratoria de ciertos hogares: no sólo la existencia de escalafones, sino también el remplazo de los regresos con nuevas partidas.

¹⁴ Como la fraternía se reconstruye a partir de un migrante, la probabilidad de encontrar miembros no migrantes aumenta con el número de hermanos.

¹⁵ En la encuesta se entrevistó a los inmigrantes a su regreso y se pretendió encontrar a los miembros ausentes de la familia a partir de los miembros presentes. No obstante, se debe esperar una estimación insuficiente del fenómeno, pues se escapan las familias (sobre todo unipersonales) que emigran completas.

¹⁶ Además, la medición de este "impulso doméstico" toma en cuenta un gran abanico de efectos contextuales y regionales, así como ciertas características individuales.

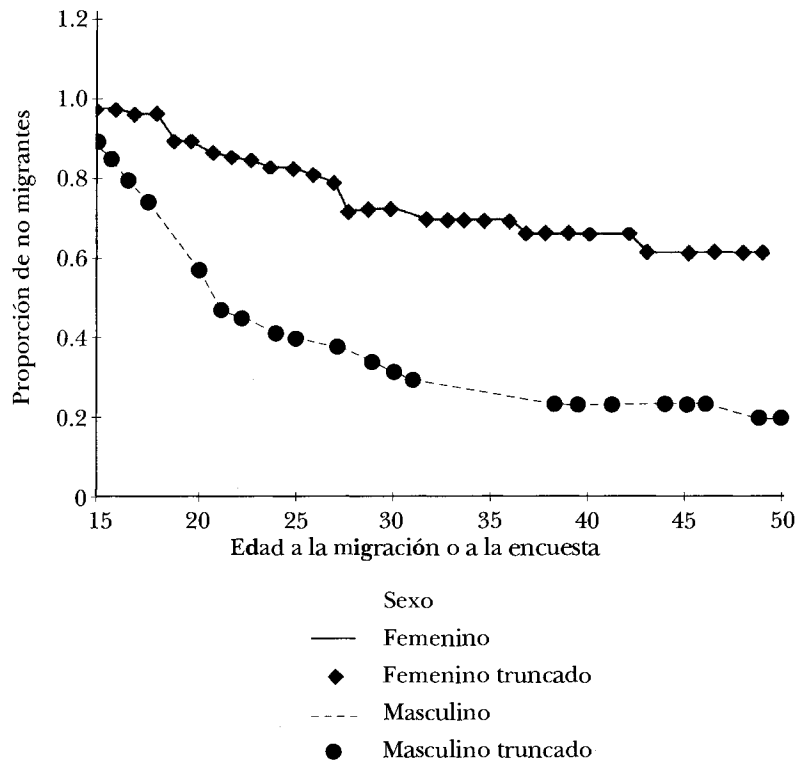
Las biografías revelan una diferenciación precoz entre sexos que se confirma con la edad (véase la gráfica 10): a los 50 años ocho de cada diez hombres de la fratría han cruzado por lo menos una vez la frontera para trabajar, mientras que sólo una de cada tres mujeres lo ha hecho. Después de los 30 años las nuevas partidas se vuelven muy raras para los hombres, aunque todavía son concebibles para las mujeres, quienes, como se verá, se encuentran a veces obligadas a migrar por un accidente familiar o la muerte o separación del esposo, quedándose a cargo de los hijos. La diferencia entre sexos se reduce cuando se consideran todas las migraciones, porque la búsqueda de trabajo constituye la motivación masculina por excelencia. Reuniendo todos los motivos, para cuando tienen 50 años, más de la mitad de las mujeres de la fratría ha ido a Estados Unidos.

La zona geográfica de la encuesta también es un factor discriminante del calendario de migraciones laborales, aunque está asociada con el sexo: la diferencia es poco notable para los hombres, aunque considerable para las mujeres, en el sentido de que las migraciones laborales son más raras y tardías en la zona urbana. A los 50 años, se encuentra que cinco mujeres de cada diez han ido a trabajar a MacFarland [zona rural], mientras que sólo dos han ido a Los Ángeles [zona urbana]. Sin embargo, esta diferencia no tiene un sentido muy claro, porque se trata de la zona del informante y no necesariamente del destino de todos los migrantes, aunque los miembros de la fratría viven generalmente bastante cerca unos de otros (véase más adelante) y suelen ser originarios de una misma región. Se supondría que el destino y origen rurales conducen a un reclutamiento femenino más intenso.

Entre las características estables y con cierta incidencia en el calendario migratorio se encuentra el orden de nacimiento de los hermanos. La regresión de Cox muestra que el hecho de ser el primero o segundo hijo reduce 11% las probabilidades¹⁷ de una salida. En otros términos, ser uno de los hermanos menores de una fratría numerosa es fuente de mayores oportunidades de ser acogido, lo cual favorece notablemente la emigración. Este efecto de incitación debido al tamaño de la fratría puede ser el origen de la alta correspondencia espacial observada entre las regiones de emigración internacional más fuerte y

¹⁷ A falta de observaciones más numerosas, los rangos elevados no son estadísticamente significativos, razón por la cual se agruparon los dos primeros hermanos y luego los demás.

GRÁFICA 10
Distribución de las primeras partidas (proporción de personas que nunca han migrado), según edad y sexo



aquellas donde las generaciones mayores de mujeres han traído al mundo descendencias más numerosas (Delaunay, 1996.). Las entrevistas muestran que la tercera parte de los hombres de la fratria sigue al hermano o hermanos que ya partieron, o si no parten de a dos; a veces se llevan al hermano de su esposa. A este fenómeno contribuye igualmente el hecho de que una hermana nunca "abra" sola la migración familiar: se va acompañada de un hermano, incluso menor (¿para que la vigile?) o de su padre y/o madre, o bien se reúne con uno o varios hermanos expatriados. Estas estimaciones son la confirmación estadística de un efecto multiplicador en la migración, que se atribuye a una

fratría extendida en este momento de la transición demográfica y que no se limita a los colaterales inmediatos del migrante.

La primera unión

La encuesta compara los calendarios matrimoniales según el hecho de que los individuos se encuentren en Estados Unidos o en México. Para los hombres la diferencia no es clara y las proporciones de solteros por edad se cruzan entre los 20 y 30 años, señalando entre estas edades una unión un poco tardía para los inmigrantes. Pero los sujetos no son suficientes para distinguir comportamientos tan cercanos. Para las mujeres, en cambio, la emigración precipita el cierre de una unión: en promedio, casi siete años antes que sus hermanas que se encuentran todavía en México. La estimación es aproximada, pero la ventaja femenina en el "mercado matrimonial" de los inmigrados es indudable, al grado que hacia los 21 años, los hombres solteros son dos veces más numerosos que las mujeres, mientras que la diferencia es sólo de 30% para los que se encuentran todavía en México. Aunque la distinción de la residencia en 1995 sea gruesa, es el lugar de estancia antes del matrimonio lo que importaría conocer para juzgar la influencia de la emigración.

Es más sencillo preguntarse si el hecho de migrar modifica las oportunidades de casarse,¹⁸ estimando la interacción de la primera migración con la primera unión. De hecho, la partida no modifica de manera significativa la ocurrencia de una unión para los hombres, pero la duplica para las mujeres, o reduce otro tanto el calendario matrimonial. Pero guardemos en mente el carácter particular de la población observada que cambia el sentido de las cifras: las oportunidades son ciertamente mejores en Estados Unidos, pero además, las hermanas usan las redes familiares (véase más adelante) para buscar esposo en Estados Unidos y darse así la oportunidad de establecerse allí. Y podría ser que en el país las oportunidades matrimoniales de estas mujeres sean más raras que para el resto de sus compatriotas, pues en las fratrias que examinamos, la concentración de emigrantes

¹⁸ Esta interacción entre los eventos, estudiada por Courgeau y Lelièvre (1989) en el análisis biográfico, se realizó aquí con herramientas estadísticas distintas a las de estos autores. El procedimiento que se siguió consistió en introducir una variable dependiente del tiempo (modelo de Cox según los riesgos proporcionales) que toma dos valores, dependiendo de que se haya emprendido o no la primera migración. Esto permite conservar variables de control, como la edad o el sexo.

es importante; aunque atenuada, se vuelve a encontrar en los pueblos y comunidades de origen, que forman parte del espacio matrimonial; esto deja entrever la escasez que el éxodo impone sobre su nupcialidad.

Para los hombres el hecho de tener un hijo antes de emigrar no cambia marcadamente la decisión de partir. Las mujeres, en cambio, encuentran en el primer nacimiento una fuerte razón para posponer una migración, de modo que su ocurrencia disminuye considerablemente (a una cuarta parte). Este impedimento draconiano sólo concierne a las migraciones *laborales* al extranjero, que resultan así muy selectivas para las mujeres comprometidas con la maternidad. El efecto se mantiene, aunque las cifras pierden su validez, cuando se introduce la ocurrencia de una unión junto con la del nacimiento.

Un momento decisivo de la carrera migratoria de los hombres es la llegada de la esposa, con o sin hijos. Su llegada rompe el movimiento circular necesario para conciliar el éxodo con la conservación de los lazos familiares. Con la esposa, lo que se desplaza es el centro de gravedad de la familia, cambia la nacionalidad de los hijos nacidos en suelo estadounidense, la descendencia se ve en parte alejada de México, el migrante se vuelve inmigrante. La encuesta buscó definir la fecha en que el migrante estableció su familia nuclear en Estados Unidos, con el fin de saber qué proporción de las salidas llegaban a este desenlace con una esposa mexicana. Tomando en cuenta las observaciones de la encuesta, es finalmente una proporción modesta de inmigrantes la que acoge a su familia: poco menos que uno de cada diez en el año siguiente a la primera migración y sólo uno de cada cuatro en los 25 años siguientes, mientras que las nuevas instalaciones se vuelven raras. Estas proporciones no incluyen a los migrantes que se casan con estadounidenses y no todas las estancias censadas no duran el tiempo suficiente para justificar la llegada de la esposa. Por supuesto, aparecen claras diferencias entre los sexos, y una de las menos esperadas ocurre entre Los Ángeles y MacFarland, siendo la llegada de la esposa mucho más tardía y menos frecuente en la zona rural (40% en relación con Los Ángeles), donde prevalecen las migraciones estacionales.

El primer empleo

¿Cómo se distribuyen las categorías profesionales de los miembros de la fratría que viven en Estados Unidos y los que se quedan o regresan a México? El cuadro 5 responde a esto de acuerdo con una caracteriza-

ción simplificada de la ocupación, para juzgar una medida de los "residuales" respecto a las situaciones donde la residencia actual del pariente no tendría influencia. Entre los sujetos, sólo los asalariados aparecen en números comparables en los dos países (la diferencia no es significativa); todas las otras actividades tienden a aumentar en Estados Unidos. El número de amas de casa se equilibra, pero disminuye claramente el de los que no trabajan. La migración mejora indudablemente las oportunidades de empleo de los que la emprenden, pero en relación con las ocupaciones temporales, sin garantía de estabilidad ni de mejora duradera. Con la excepción de un pequeño número de trabajadores independientes, igualmente favorecidos en Estados Unidos, los más numerosos son las amas de casa, los jornaleros y los trabajadores agrícolas. No obstante, el calendario de obtención del primer empleo no cambia de manera notable entre un país y otro, e incluso podría ser más tardío en Estados Unidos.

CUADRO 5
Distribución de los empleos según el lugar de residencia actual de los miembros de la fratría

<i>Tipo de empleo</i>	<i>Residencia actual del pariente</i>		<i>Total</i>
	<i>México</i>	<i>EUA</i>	
No trabaja	32.0%	13.2%	22.1%
Residual	10.2	-10.2	
Ama de casa, ayudante	1.9%	0.9%	1.4%
Residual	0.6	-0.6	
Trabajador independiente	2.9%	7.0%	5.1%
Residual	-2.2%	2.2	
Asalariado	26.2%	22.8%	24.4%
Residual	1.8	-1.8	
Temporero	0.0%	4.4%	2.3%
Residual	-2.4	2.4	
Jornalero, trabajadora doméstica	1.0%	10.5%	6.0%
Residual	-5.2	5.2	
Trabajador agrícola	35.9%	41.2%	38.7%
Residual	-2.9%	2.9	
Total	100.0%	100.0%	100.0%

El hecho de tener empleo en México, ¿disuade o pospone la decisión de partir? La respuesta será incompleta, porque sólo se registró la fecha de la primera migración, que puede haberse fijado incluso antes de haber tomado en cuenta el mercado laboral mexicano o de haber tenido tiempo de establecerse; convendría juzgar sobre todo la duración de la vida profesional y de la carrera migratoria.¹⁹ Nuevamente, los márgenes de error no permiten una conclusión, pero las oportunidades de partir aumentarían notablemente cuando la persona ya ha trabajado en México, siendo a veces un campesino desocupado por la estación seca o por la falta de tierras. En general, el efecto parece más claro entre las mujeres, volviéndose incluso significativo para las migraciones laborales femeninas.

La técnica estadística empleada para medir la interacción de los eventos (véase la nota 18) permite combinar y, por lo tanto, controlar, el efecto de características estables captadas al momento de la encuesta. Para tratar de resumir estas influencias se comparó el calendario de la primera migración laboral con los de la primera unión, el primer empleo y el primer hijo, controlando siempre el efecto del sexo del migrante y del carácter urbano o rural del destino, de los cuales se sabe el efecto discriminador. Lo que resulta es una migración internacional sorprendentemente independiente de los eventos vitales. Esta conclusión no se aplica para las mujeres que se vieran retrasadas por la maternidad, pero que serían estimuladas por el ejercicio de una profesión en México. El tamaño de la muestra no permite ser más precisos, pero recuérdese una vez más la especificidad de la población encuestada: las fratrías de los migrantes parecen estar atrapadas en un movimiento migratorio relativamente autónomo, condicionado antes que nada por las condiciones que ofrece la familia. ¿Debe esperarse un efecto de eventos perturbadores cuando ocho de cada diez hombres del grupo familiar migraron al menos una vez para tratar de encontrar trabajo en Estados Unidos antes de terminar su vida activa?

La cohabitación

Durante la encuesta en campo se volvió inmediatamente perceptible la cohabitación extendida indicada en las cifras. También resultó cla-

¹⁹ Agréguese a esta reserva el hecho de que sólo se registró el año de partida y del primer empleo, y la unidad anual es demasiado amplia para distinguir entre los empleos obtenidos el mismo año y quizás después de la migración.

ro que estaba justificada por las condiciones difíciles de la expatriación: formar una familia está fuera del alcance del migrante en situación precaria, si es ilegal o temporero, porque no está establecido. Los hombres se agrupan de mejor grado si llegaron hace poco (hace menos de cinco años) o si son parientes consanguíneos o políticos. Por regla general, los no parientes que cohabitan son minoritarios y parecería que los migrantes no emparentados necesitarían más tiempo para compartir una vivienda, quizás el tiempo necesario para construir lazos personales que sustituyan los lazos de sangre o afinidad. En orden de importancia, siguen las agrupaciones en torno a la familia nuclear, constituida para la reproducción: la familia acoge a un hermano o hermana, por ejemplo, que puede venir acompañado de su pareja y sus hijos. Se han podido observar casos donde la cohabitación se mantiene durante un periodo largo, asociado con frecuentes viajes de regreso a México. La formación de una familia nuclear propia supondría un establecimiento de más tiempo; entre las familias entrevistadas en Los Ángeles, este tipo no era el más frecuente. En cambio, en MacFarland, que es zona rural, es la forma de residencia más común. Aquí aparecen a veces formaciones más patriarcales, al parecer favorecidas por la migración estacional: el padre se lleva a sus hijos a trabajar con él, mientras que las madres, las hijas y los hijos menores de quince años se quedan en México. En orden de importancia decreciente, siguen las familias extendidas hasta tres generaciones, como el caso en que una madre vive sola en una casita de un cuarto, pero en el mismo terreno que su hija, su yerno y sus nietos. Otra particularidad de los hogares encuestados es la ausencia de mujeres solteras jóvenes que vivan solas, sin hijos; viven habitualmente en casa de su patrón, una práctica que es igualmente frecuente en México. Por último, el destino urbano o rural parece afectar de manera notoria la distribución de hogares según su tipo: las familias nucleares son menos numerosas en Los Ángeles, mientras que son más frecuentes la cohabitación de hombres solos y los hogares complejos.

¿Cuáles son las *razones aducidas* por los migrantes que eligen cohabitar? Su primera preocupación es el elevado costo de la renta, que se reduce al compartir una vivienda, una ganancia esperada por el migrante deseoso de enviar dinero a su país. Estos arreglos se forman además en viviendas precarias, ya sea porque el migrante prevé una estancia temporal o practica ciclos de migraciones estacionales, o porque comparte su vida entre los dos países, aunque también porque la movilidad en Estados Unidos es intensa. Aunque los jóvenes migran-

tes alegan su firme voluntad de ahorrar, la mayoría confiesa temerle a una soledad nunca antes conocida y reforzada por el contexto extranjero; esta declaración apenas sorprende en una sociedad que tiende a privilegiar el gregarismo. Agreguemos finalmente que estas preferencias son reforzadas por la práctica común en Estados Unidos de compartir vivienda entre *roommates*, estudiantes o solteros con recursos económicos escasos; es lo que buscan los inmigrantes jóvenes, cercanos a la cultura *chicana*, de la cual ostentan signos distintivos.²⁰ Compartir un techo con coinquilinos rotativos se vuelve entonces la solución que se impone y que constituye los cimientos del escalafón migratorio,²¹ aunque se percibe como una restricción porque, si bien en México el número garantiza un cierto bienestar adicional a los miembros de un hogar complejo (Selby *et al.*, 1994: 159), el ideal de los migrantes es más bien la familia nuclear, que parece representar una situación más próspera.²²

El discurso de los informantes sobre la cohabitación menciona la confianza, el compartir los riesgos y, en general, las solidaridades que se esperan normalmente de los padres; esperanza que en México es muy fuerte. Este ideal de una familia solidaria, que reúne sus recursos comunes para salir adelante, hace que se prefiera a los parientes. Pero en Estados Unidos son más raros los miembros de la familia y su presencia es inestable. La única manera de reforzar la seguridad es ampliar el círculo de familiares a los amigos de la infancia y a gente del pueblo de origen. Ahora bien, esta cadena de contactos puede hacer que desde completos desconocidos hasta los mejores amigos compartan un mismo apartamento.

A partir de las fratrías reconstruidas durante la encuesta, por lo menos dos rasgos significativos caracterizan el *proceso de creciente complejidad* en los hogares de los migrantes observado en las cifras. Antes que nada, lo acompaña un deslizamiento de la organización de la vida doméstica hacia el *cuarto*, que conserva una relativa autonomía pa-

²⁰ Se trata de hombres jóvenes, de entre 20 y 40 años, que han vivido más de diez años en Estados Unidos y que llevan el "look" *chicano*, muy distinto del de los migrantes (cola de caballo y cabello rasurado hasta las sienes, arracadas en ambas orejas, ropa a la moda).

²¹ Véase Mines (1981); Massey *et al.* (1987); Hondagneu-Sotelo (1994); Durand (1996: 326).

²² Los hogares nucleares encontrados parecían tener una mejor situación económica que los complejos (mejor tamaño y apariencia de la casa, muebles de buena calidad, inversión en la escolarización de los hijos).

ra los individuos y familias que cohabitan. El segundo rasgo se refiere al calendario de esta complejidad en la vida del migrante: se distingue del calendario constatado en el tiempo histórico y al momento de cruzar la frontera. Después de haber practicado la cohabitación al principio de su estancia, el migrante tratará progresivamente de encontrar formas de residencia nuclear.

Un factor decisivo de la evolución es la llegada de la esposa o la hermana de uno de los corresidentes y eventualmente su o sus hijos. Una familia que se incorpora a una cohabitación originalmente masculina provoca una nueva distribución de los cuartos por familia o por afinidad. Sería abusivo llamarle *hogar*, ese lugar de “convivencia en ambos sentidos” (Selby *et al.*, 1994: 135), porque los corresidentes están separados por sus horarios de trabajo y sólo utilizan los lugares comunes por turnos. Afirman que sólo rara vez están juntos en el apartamento, y tanto en los hechos como en el discurso privilegian el lugar privado, el *cuarto*, cuyo funcionamiento simula la intimidad de una unidad nuclear. A continuación aparecen tres etapas de una evolución hacia la familia nuclear, sabiendo bien que ciertas formas intermedias son duraderas y se perciben incluso como definitivas.

– Las familias nucleares reunidas o asociadas con individuos aislados pueden conservar un contrato de subarrendamiento, según las afinidades familiares o extendidas al mundo laboral o a los encuentros “en el parque”.²³ En este caso el cuarto se afirma como unidad primaria de vivienda: cada familia dispone de un cuarto propio y del uso de los espacios comunes en función de los arreglos específicos de cada hogar. El cuarto no sirve solamente para delimitar las unidades nucleares, sino también los distintos hogares sin lazo de parentesco entre sí. Las reglas que rigen la vida del grupo son similares a las que se definen al principio de la cohabitación, como la rotación de ciertas tareas para permitir la vida en común.

– Ocurre que una unidad nuclear se impone sobre las demás, ya sea por el número de sus miembros, por sus recursos o cuando se van los individuos aislados. Se produce un hogar complejo (extendido o compuesto) cuando se amplía a otros parientes o relaciones. Pueden aparecer varias formaciones: o bien dos hermanos o primos se reúnen con sus parejas e hijos, o bien una unidad nuclear recibe ascen-

²³ Véase en Monnett (1990) la importancia de las plazas y parques en la vida social del mexicano.

dientes, colaterales o no parientes. Dependiendo de los lazos de parentesco, esta cohabitación se organiza normalmente en un arreglo por cuartos, cuya autonomía resulta menos marcada en el discurso de los actores debido al predominio de un hogar en el sentido clásico de unidad reproductiva.

– El hogar nuclear independiente se forma, si los recursos económicos lo permiten, a partir de uno o varios de los tipos anteriores. A juzgar por la información obtenida, nunca se forma cuando los migrantes acaban de llegar a Estados Unidos, sino sólo después de pasar por una o varias de las formas complejas y colectivas de residencia. Este paso obligado a través de dos o tres tipos de hogar parece haberse impuesto a todos los migrantes entrevistados, aunque pocos logran formar una familia nuclear.

La complejidad no es sólo reciente en la historia de la migración, sino que también es temporal en la vida del migrante, menos buscada que impuesta. El mexicano migrante se inclina naturalmente hacia una “vida familiar normal”, unida más por la reproducción que por arreglos de supervivencia o peticiones de familiares. Las personas entrevistadas mencionaron con facilidad los acontecimientos o contextos de estas modificaciones. Los eventos del ciclo vital, por supuesto, provocan rupturas que impulsan un cambio; influyen igualmente la duración de la estancia en Estados Unidos, que favorece la integración al país, el tipo de migración (temporal, cíclica o permanente), que define la voluntad de establecerse, e incluso el trabajo realizado, que proporciona los medios; también se menciona la situación migratoria (residente, emigrado, ilegal), pues define la posibilidad de obtener un crédito, decisivo para comprar una casa (véase el anexo 2). Se piensa menos en otras dos influencias, que sin embargo son importantes. La primera podría calificarse como la elección de la mujer, que lleva todas las de ganar al instalarse en Estados Unidos: mayor oportunidad de conseguir empleo, creciente independencia, acceso a recursos sociales y económicos (Hondagneu-Sotelo, 1994: 146), escolarización para sus hijos; hijos que, al nacer en territorio estadounidense, adquieren una nacionalidad que puede beneficiar a los padres. Contribuye igualmente al establecimiento autónomo de los migrantes la presencia de parientes en el vecindario o en una localidad cercana. No es raro, como se verá enseguida, que la fratría se vuelva a formar en el lugar de la migración; una reconstitución sin duda incompleta, pero que influye claramente en las estrategias migratorias individuales.

¿Solidaridades o estrategias familiares?

La creciente complejidad de los hogares de migrantes expresa por lo menos dos realidades: la multiplicación de hermanos y hermanas, tíos y sobrinos... durante esta fase particular de la transición demográfica mexicana y la solidaridad reforzada por y para organizar una creciente migración. Porque los dos fenómenos contribuyen de común acuerdo: la extensión de la fratría multiplica las posibilidades de ayuda mutua entre sus miembros, a la vez que vuelve más probable su cohabitación; ésta, a su vez, crea nuevos lazos entre los hermanos y hermanas, quienes sin la migración internacional se dispersarían en hogares autónomos. La coresidencia al principio de la carrera migratoria prolonga la cohabitación familiar de su infancia.

¿Se debe por ello pensar que esta familia tiene una estrategia migratoria? No si se les cree a los individuos que aseguran haber tomado una decisión personal. Aun si, según la encuesta, la cuarta parte de ellos fueron llevados a Estados Unidos por primera vez por sus padres. Esto ocurrió naturalmente en la infancia, a veces por un padre viudo o una madre separada o, para los más grandes, por padres que los llevaron a trabajar. Para otra tercera parte, los inmigrantes siguieron al o a los hermanos ya exiliados, o partieron de a dos: algunos con un hermano de su esposa. Una mujer no migra sola: si no parte con sus hermanos, va a reunirse con su esposo o acompaña a sus patrones. A falta de una estrategia acordada, hay que reconocer un efecto de incitación. Más tarde, el regreso definitivo de los padres no parece condicionar la carrera migratoria de los hijos: unos se quedan, otros regresan. En cambio, si los padres se establecen, los hijos que llegaron jóvenes y que se educaron en Estados Unidos se acercan más a los mexicanoestadunidenses en su comportamiento y dominio fluido del inglés.

¿El orden de las salidas respeta el orden de nacimiento en la fratría? Los hermanos mayores se arriesgan a emigrar antes que sus hermanos menores simplemente porque tienen más edad, y, en general, el orden de nacimiento se respeta a intervalos de entre uno y tres años, salvo que haya diferencias mayores entre los colaterales o incapacidad de un hermano menor. Una incitación adicional a la migración de los hermanos mayores podría encontrarse en la responsabilidad que les impone la sociedad mexicana. Por lo menos es una justificación frecuente presentada por los entrevistados, que subrayan sus obligaciones hacia sus hermanos y hermanas menores, como la de

paliar las deficiencias de los padres, debidas a menudo a la indigencia de la familia. Llega a ocurrir que uno de los hermanos mayores no haya ido a la escuela o que la abandone para completar el presupuesto familiar con su trabajo; las hermanas mayores se encargan de las tareas domésticas y del cuidado de los hijos menores. Cuando emigran, los mayores afirman estar cumpliendo ese papel de responsable de la fratría: invitan a los menores y los acogen hasta que logran su autonomía o contribuyen con sus remesas de dinero a la educación de los que se quedan en el país, ayudando así a sus padres. De este modo, generalmente las razones más fuertes aducidas por los hermanos mayores respecto a su salida estarían compensadas por el recibimiento más diversificado que le ofrecen a los hermanos menores. Las cifras muestran (véase "La primera migración" y la gráfica 9) que los hermanos menores tenderán a partir antes o de mejor grado.²⁴

¿Es suficiente la relativa cohesión fraterna para explicar la fuerte especialización migratoria observada en las fratrías de los migrantes? A las solidaridades colaterales se añadiría una predisposición de orden ideológico, adquirida por el contacto con las generaciones anteriores de migrantes, una "tradición familiar" mencionada por varios autores (como Durand, 1996; Hondagneu-Sotelo, 1994; Zúñiga, 1992). De acuerdo con nuestra encuesta, alrededor de una tercera parte de las fratrías tienen padres que emigraron a Estados Unidos en algún momento de su vida. Son en su mayoría migrantes ordinarios, por decirlo así, con motivaciones económicas, aunque a éstas se suman a veces constricciones adicionales de orden privado, como viudez, separación o una desavenencia familiar. El siguiente testimonio permite entender que nacer de padres migrantes predispone a encontrar en la migración una solución a los problemas que pudieran surgir:

A los 28 años, Teresa (60 años) tenía siete hijos, problemas de pareja y ningún recurso. Decidió irse a trabajar a Estados Unidos para pagar los estudios de su hijo mayor, que tenía buena educación, y para mejorar la vida cotidiana de sus otros hijos, abandonados por un esposo descrito como "flojo y alcohólico". Sólo después de diez años

²⁴ No obstante, el tamaño de la muestra no permite concluir: hay una probabilidad de alrededor de uno sobre tres de que este efecto no tenga validez, o que sea anulado por motivaciones contrarias, de no ser porque una fratría numerosa multiplica las oportunidades y, por lo tanto, los candidatos a la migración. El efecto es más claro cuando se reagrupan las órdenes de nacimiento.

de constantes idas y venidas, se llevó a sus hijos, con la excepción del mayor. Una empresa tan audaz es rara en una madre de una familia tan numerosa, y Teresa lo explica diciendo que perteneció a una familia de migrantes: ella había vivido en Estados Unidos en su infancia y dos de sus hermanas habían nacido allá, mientras que las demás habían cambiado muchas veces de país a lo largo de sus vidas. Para Teresa partir se presentó como la única solución realista, simplemente porque la misma solución habían adoptado sus padres y sus hermanos y hermanas cada vez que habían tenido dificultades. Esta situación es la combinación de tres incitaciones que por sí solas no hubieran podido ser decisivas: la urgencia económica, el recibimiento de los parientes cercanos y también la tradición familiar. Esta tradición o, más bien, el ejemplo vivo de los miembros de la familia, hace que la migración se presente como la solución buscada a los problemas de orden tanto económico como afectivo: para Teresa migrar era tanto una forma de ganarse la vida y la independencia, como una manera de resolver un conflicto de pareja.

En dos familias encontradas en la encuesta, se había establecido un relevo cuando el padre invitó a sus hijos a sustituirlo, permitiéndose regresar definitivamente después de un tiempo de vida juntos. Lo que puede parecer una organización familiar de la migración asume diversas modalidades, pudiendo llegar a ser un reclutamiento en cadena según el rango de los hijos, de modo que los mayores van siendo remplazados por los menores. Se llega de este modo a situaciones negativas para los hijos, que conviven con su padre por primera vez cuando alcanzan la edad de migrar; lo peor es cuando, después de haber vivido una infancia y adolescencia con el padre ausente, el joven migrante amargado se siente abandonado otra vez por un padre que aprovecha su llegada para regresar al país. Otra de las familias de la encuesta ha practicado un reclutamiento familiar estacional desde hace tres generaciones; primero los hijos y después los nietos, han sido llevados uno por uno, a medida que crecen. Se puede entrever la autoridad de un patriarca tradicional al que se le obedece al pie de la letra y que llega a obligar a las mujeres jóvenes a quedarse en la casa con su madre. Estas familias que realmente organizan la migración de sus miembros son raras y obedecen a una autoridad patriarcal de tipo tradicional, sin la cual no se podría aplicar una *estrategia* migratoria. Además de decir que no es común, la mayoría de los migrantes asegura haber partido libre de toda presión familiar. Mencionan “la necesidad”, el deseo de conocer el país o la atracción de que “se ba-

rre el dinero con la escoba".²⁵ Esto lo confirman otros autores, en particular Hondagneu-Sotelo (1994), que identifica "migrantes independientes" y critica la referencia abusiva al concepto de estrategia familiar, a menudo inadecuado en los hechos porque la migración no obedece a una conminación familiar, quizás ni siquiera a un acuerdo entre los miembros de la fratría.

Sin embargo, la fuerte especialización migratoria de las fratrías entrevistadas invalida un poco esta independencia individual, y las medidas del efecto de incitación sugieren que es menos real que lo que afirman los actores. Lo que llama la atención al escucharlos es la insistente representación de una familia solidaria, que invita a los individuos alejados y adultos a enviarle una buena parte de sus ganancias, a menudo sin obligación alguna. La reconstrucción *a posteriori* de los móviles individuales insiste en las obligaciones familiares —quizás con una disposición excesiva—²⁶ y los migrantes separados de su familia idealizan fácilmente la importancia de los lazos familiares perdidos. Este sentimiento de una cohesión solidaria entre parientes se adquiere sin duda desde la infancia, por medio de la educación, pero, ¿no será reforzado por la voluntad familiar subyacente de reavivarlo para generar la migración de manera consensual, ya que no es autoritaria? Durand recuerda la desaprobación que merecen aquellos descritos como "desobligados" por haber faltado a sus deberes familiares, situación que provoca fricciones en la familia e incluso el rechazo de compatriotas y amigos (Durand, 1996: 175).

A esto contribuye sin duda el contexto demográfico de una transición mexicana particularmente vigorosa de la mortalidad y fecundidad.²⁷ En adelante, muchos hermanos y hermanas sobreviven hasta su mayoría de edad, creando una situación excepcional de competencia para acceder a los recursos familiares y a los medios de su reproducción, sobre todo en el marco de una economía doméstica que los transmite de una generación a otra. Las tensiones en torno a los recursos familiares contribuyen a hacer de la migración una solución privilegiada, exacerbando la presión sobre los mayores. Esta solidaridad horizontal, una especie de "deber de los grandes", es requerida

²⁵ Ego, fratría núm. 39.

²⁶ Una informante, por ejemplo, afirmó haber partido a Estados Unidos para pagarle los estudios de medicina a su hermana menor, aunque la persona en cuestión no tenía ni doce años cuando la hermana mayor llegó a Estados Unidos.

²⁷ Recuérdese que la creciente complejidad de las familias de los migrantes se vuelve perceptible a partir del censo de 1970, después de una larga tendencia decreciente.

en un momento particular del ciclo de vida, cuando el migrante soltero o sin hijos emprende la búsqueda de trabajo fuera de su país. Al mismo tiempo, una fratría más numerosa multiplica las oportunidades de ayuda mutua fraterna; así, quizás la solidaridad está reforzada por la cohabitación de los miembros de la fratría y por el juego de alianzas matrimoniales entre los migrantes (véase más adelante).

Progresivamente, a esto se añade una solidaridad vertical, la que esperan los padres cuando invierten en la migración o educación estadounidense de sus hijos. Por muy poco que los hijos asuman el relevo, los padres esperan a cambio un subsidio regular. No asegurar esto es vivir como un fracasado, como declara Teresa: "No logré a mis hijos", y lamenta constatando que sus conocidos "a los hijos les quitan el cheque y se compran una casa".

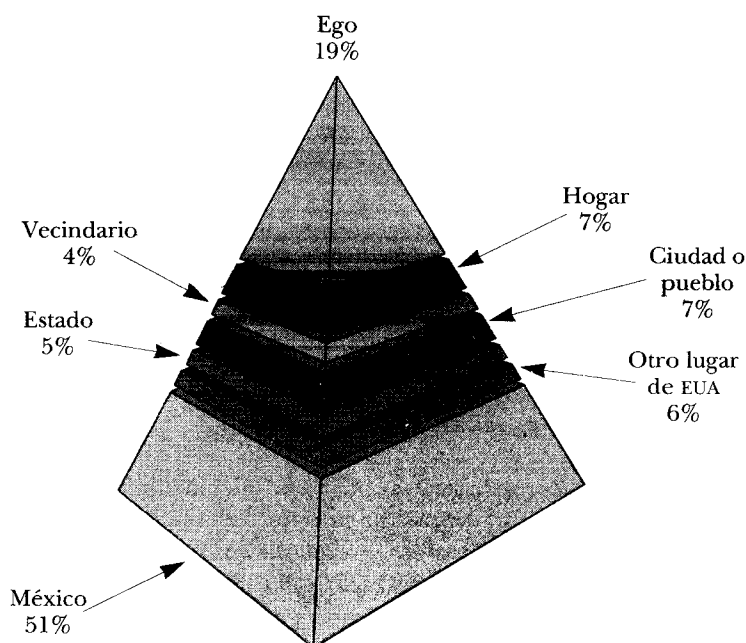
La reagrupación territorial de la fratría migrante

Estas obligaciones crean lazos y, por lo mismo, la encuesta no hubiera sido posible sin el buen conocimiento que conserva el migrante acerca de la vida de sus hermanos y hermanas. En realidad, los migrantes de la fratría se mantienen geográficamente cerca unos de otros, como lo demuestra la gráfica 11, que presenta la dispersión de los miembros de la fratría. De la mitad, aproximadamente, que ha migrado, nueve de cada diez viven en el mismo estado, un poco menos de ocho de cada diez viven en la misma ciudad o pueblo y seis de cada diez en el mismo vecindario que Ego.

Esta proximidad se deriva espontáneamente de la reunión de la fratría al momento de la primera instalación y prolonga la convivencia de hermanos y hermanas mucho más allá del hogar donde se criaron. Cuando el matrimonio, un nacimiento o la llegada de la esposa e hijos lleva a los hermanos a instalarse en viviendas separadas, lo hacen a menudo a unos pocos kilómetros. Esto resulta en lazos fuertes que se mantienen por las visitas regulares de los migrantes cercanos o por un asiduo contacto telefónico.

Otra consecuencia de esta convivencia reforzada por la migración es la de extender las oportunidades matrimoniales de los compañeros de migración entre los miembros de la fratría. La encuesta encontró sólo un caso de matrimonio con una estadounidense; en general, el migrante se unió con una mexicana de su tierra natal o, más raramente, con una mexicanoestadunidense. Ahora bien, para muchos de

GRÁFICA 11
 Dispersión geográfica de los hermanos y hermanas de Ego



ellos la mujer elegida era hermana de un compañero de migración. Es notorio el alcance social de este tipo de uniones (Lévi-Strauss, 1967) y en la migración internacional esta elección implica una utilidad particular: simplifica los problemas de intendencia y la hostilidad que podría surgir de la cohabitación, porque la única mujer que se ocupa del hogar donde viven varios hombres es esposa de uno y hermana (biológica o política) de los demás. Esta unión diferencial con la hermana de un compañero resuelve la dificultad que representa para el migrante encontrar a una joven mexicana cuyos padres temen dejarla sola en Estados Unidos (Massey *et al.*, 1987: 200). Una informante notó: “No la dejó su papá. Aquí hay mucha libertad. En México nunca es igual”. Al escuchar estos testimonios, uno se pregunta si estas jóvenes acogidas por sus hermanos no estarán de alguna manera “destinadas” a los amigos de éstos, siendo migrantes con oportuni-

des matrimoniales restringidas. La situación presenta ciertas garantías para la familia de la joven, porque el hombre forma parte de las relaciones de proximidad tejidas al principio de la migración. Entre los hombres hay una preferencia a casarse con mujeres cuya familia se conoce: María habla de su hermano agregando que se casó con una mujer "de familia conocida". Así se consolidan las redes migratorias.

La observación de las fratrias escindidas por la frontera aporta poca información nueva acerca de los vínculos que los migrantes mantienen con sus familias en México (Durand, 1996). Este vínculo es buscado por los hermanos candidatos a la migración, aunque se observa que mantener el vínculo corre a cargo del migrante e incluso depende de su voluntad: es él quien da o deja de dar señales de vida a su familia, quien cumple o no sus peticiones, quien paga o no las llamadas telefónicas en uno y otro sentido. Se percibe que más allá de los lazos afectivos, el migrante debe mantener este contacto si quiere casarse con alguien del pueblo, regresar en caso de que no le vaya bien o conservar su ambiente familiar. Pero para quienes emigraron hace mucho tiempo, las distancias y el olvido se arraigan: llama la atención el hecho de que algunos migrantes antiguos desconocen incluso el lugar donde viven sus hermanos o hermanas al otro lado de la frontera, el nacimiento de sus hijos..., aunque se mantienen informados de los lazos con los colaterales que viven en Estados Unidos. En realidad, ciertas fratrias se han pasado casi íntegras al extranjero, llevándose para allá el centro de gravedad afectivo. Esto no deja de presentar problemas para los hijos que nacen allá, cuando su nacionalidad estadounidense los separa de sus hermanos o corre el riesgo de impedir su desplazamiento o estancia en México.

Conclusiones

Tanto las estadísticas como los testimonios describen la creciente complejidad de los hogares mexicanos en Estados Unidos: se manifiesta en relación con el país de origen, aunque también en el tiempo, apareciendo durante los años sesenta, es decir, bastante tardíamente en la historia de esta migración, y en contraste con lo que se observa en ambos países. Es decir, el establecimiento de los migrantes mexicanos va mucho más allá del simple reagrupamiento de la familia nuclear, puesto que reúne a un gran número de individuos perte-

necientes a la familia extendida, en particular a la fratría del migrante. Las preguntas planteadas ante las cifras y ante los entrevistados buscaban conocer la composición de parientes en estos hogares de migrantes, su evolución en función del ciclo de vida y la interacción de los calendarios civiles y migratorios. El presente trabajo documenta tres niveles de lectura e interpretación del fenómeno.

En una perspectiva histórica y estructural, para retomar la red acostumbrada de análisis, se debe notar la contribución de la transición demográfica. Es la combinación de una vida más larga con una fecundidad todavía fuerte²⁸ lo que ha conducido a un crecimiento de las fratrías que es único en la historia. En las economías dependientes del trabajo doméstico, las tensiones resultantes sobre los recursos familiares se vuelven particularmente agudas al empezar la vida activa, incitando una partida y ejerciendo presión sobre la responsabilidad de los mayores. Pero sobre todo, un gran número de hermanos multiplica la extensión potencial del escalafón migratorio hacia Estados Unidos. La encuesta y otras estadísticas nacionales muestran el compromiso migratorio masivo de las fratrías de los migrantes, al grado de que uno se pregunta si la extensión demográfica de las familias no ha jugado un papel en el recrudecimiento de la migración mexicana a partir de los años sesenta. Evidentemente, muchos eventos coyunturales contribuyen a esto, pero hay que reconocer que la experiencia individual del migrante será ampliamente imitada si los colaterales son numerosos.

Cuando se examina el hogar y la fratría, el fenómeno se describe en términos de cohabitación, según diferentes formas de reagrupación entre migrantes y conforme a un abanico de justificaciones o de necesidad. A la edad precoz de la primera partida, el migrante sale de una convivencia familiar que prolonga en la migración. La reagrupación fraterna de individuos y después de familias se acompaña de un despliegue hacia otros parientes consanguíneos o políticos, en particular por la vía de los matrimonios diferenciales y secundariamente por preferencia étnica o de barrio. A cambio, la cohabitación refuerza la cohesión de la fratría: las visitas entre migrantes son frecuentes y las remesas de dinero a los miembros de la familia que se quedaron en México son constantes, aunque estas entregas siguen dependiendo de la voluntad del migrante. Por lo tanto, salvo en casos raros, no

²⁸ En México comenzó a cambiar en los años sesenta.

se puede hablar de estrategias familiares explícitas, y el hogar nuclear sigue siendo, cuando los medios lo permiten, el ideal buscado por las familias de migrantes. Por otra parte, la cohabitación conserva una relativa autonomía para cada persona, para las parejas y para las familias nucleares, por la tendencia a organizar el espacio doméstico en cuartos. Para precisar esta cohabitación, quizás convendría distinguir una primera cohabitación precaria, impuesta por el costo de la estancia y la movilidad del migrante y favorecida por su soltería. Enseguida vendría una cohabitación residual en torno al hogar nuclear que se constituye más tarde, pero que eventualmente sigue recibiendo migrantes potenciales, los ayudantes familiares.

Finalmente, la perspectiva individual y biográfica toma el punto de vista de la interacción entre eventos familiares y carrera migratoria. El sexo de los individuos quizás sea el elemento más discriminativo del calendario migratorio, pero sobre todo del efecto perturbador de los otros eventos vitales. El calendario y frecuencia de las salidas femeninas están influidos por los nacimientos, y su nupcialidad se adelanta claramente con la migración. A los hombres, en cambio, sólo les afecta débilmente; en estas fratrias singulares son de todos modos muchos los que se van y lo hacen a edades parecidas. Más inesperado es el hecho de que tener empleo en México no afecta la decisión del migrante y entre las mujeres podría incluso acelerar las migraciones laborales. Al llegar a Estados Unidos, quien ha migrado –sobre todo si es mujer– ve multiplicarse sus oportunidades de trabajar, aunque estas nuevas oportunidades implican empleos por día, a destajo o, en el mejor de los casos, estacionales; la proporción de ocupaciones estables o por lo menos asalariadas es notablemente semejante a ambos lados de la frontera. La revisión de las condiciones o eventos susceptibles de influir en el compromiso migratorio sugiere que éstos tienen un efecto menor en relación con el hecho de pertenecer a una familia de migrantes.

ANEXO 1

Reformulación de las tipologías familiares

Es necesaria una nota técnica para presentar la reconstrucción de las tipologías familiares mexicanas utilizadas en este trabajo. Ciertos criterios del INEGI resultan irreconciliables con las relaciones de parentesco utilizadas en Estados Unidos. Así, la presencia de una sirvienta (una categoría de parentesco desconocida allá) en una familia nuclear

mexicana no cambiaba el tipo, cuando debió haberla vuelto compuesta; asimismo, una persona que residía exclusivamente con uno o varios parientes no “nucleares” (ni cónyuges ni hijos) constituía una familia nuclear, y no pluripersonal, como hubiera parecido lógico... Comparar y conservar la misma tipología con el fin de comparación suponía mantener las mismas definiciones, lo cual se hizo con las muestras. Finalmente, para la definición de las tipologías el INEGI no tomó en cuenta los parentescos no declarados, numerosos en las familias mexicanas; las tres cuartas partes de las familias aparecían como nucleares cuando el vínculo entre el cónyuge y los hijos era el menos susceptible de ser omitido. Y esto aunque la estructura por edad de estos individuos se parecía mucho a la de los no parientes y sirvientes reunidos (a causa de una fuerte mayoría femenina cercana a los veinte años). Se buscó un término medio: en una misma familia, sólo el segundo individuo sin parentesco declarado se tomó en cuenta para definir la tipología, siempre en el sentido de un no pariente. Se pueden discutir estas elecciones, pero no ignorarlas; modifican notablemente el perfil de los hogares mexicanos en relación con las estadísticas censales oficiales, en el sentido de una mayor atención a la familia nuclear definida por el vínculo de la pareja o del o los padres con sus hijos. Nos interesaba no clasificar como hogares nucleares las formas no reproductivas de coresidencia, como la de dos primos o hermanos que comparten una misma casa, y distinguir todas las formas de complejidad que resultan de acoger a los migrantes.

ANEXO 2

La encuesta y los lugares de la encuesta

Podrá parecer modesto limitarse a la fraternidad, pero ésta se mantiene dentro de los límites aceptables impuestos por la memoria de los informantes, a quienes se les pidió que reconstruyeran no sólo su propia biografía, sino la de todos sus hermanos y hermanas. Se requería un cuidado antropológico para obtener de estas narraciones un registro aceptable de eventos relativos a parientes que a veces estaban muy lejos. La encuesta se limitó a las familias de los migrantes encontrados en octubre de 1995 en algunos lugares seleccionados de California; así, ciertos miembros de la fraternidad podían ser antiguos migrantes que estaban de regreso en el país, mientras que otros podían ser indivi-

duos que nunca habían migrado. De todos modos, quedaron excluidas las fraternidades cuyos miembros estaban todos en México en ese momento.

Se eligieron, sólo en California, dos sitios urbanos, dentro de la zona conurbada de Los Ángeles (uno en Santa Mónica y otro en el centro de la ciudad), y un sitio rural de fuerte concentración mexicana (MacFarland). La parte seleccionada de Santa Mónica es un barrio residencial de clase media que no está en su mayoría poblado por mexicanos: entre los inmigrantes se encuentran también asiáticos, así como una importante y acomodada comunidad iraní, dueña de restaurantes y tiendas. Una buena parte de los mexicanos que viven en Santa Mónica son originarios de Oaxaca, en particular del grupo indígena de los zapotecas, bien representado en la encuesta. En el centro de Los Ángeles la reconstrucción de las fraternidades partió de la calle, interrogando a comerciantes de las tiendas y puestos del Pueblo de Los Ángeles, así como a los transeúntes. Esta aproximación, sin muestreo ni marco muestral, se siguió en todos los casos. Debe notarse que una parte (por lo menos la mitad) de las personas interrogadas son inmigrantes ilegales; algunos lo dicen sin rodeos, otros lo dan a entender. Esta situación irregular contribuye a que los hombres interrogados en Los Ángeles están limitados a empleos precarios: la mayoría trabajaba en la alimentación, algunos en la jardinería y otros más prestaban cada día sus servicios a patrones diferentes en las esquinas de calles conocidas (como *moscas*). Muy pocos se valieron de una experiencia profesional al llegar a Estados Unidos (aparte del trabajo agrícola), o a veces ésta no era apreciada por los patrones encontrados, así que se eludía.

Las entrevistas para la zona agrícola se hicieron todas en el pueblo de MacFarland, ubicado como a 200 kilómetros al norte de Los Ángeles, en el valle de San Joaquín y a medio camino entre Bakersfield y Fresno. La carretera 99, que va hacia Sacramento, atraviesa muchos "pueblos", pequeñas zonas residenciales habitadas como en 90%²⁹ por trabajadores agrícolas mexicanos empleados en inmensas plantaciones de cítricos y vid, entre ellos MacFarland, con 8 000 habi-

²⁹ Una impresión corroborada por las declaraciones de los habitantes. Un reporte del Department of Labor (1997) muestra que en 1995, 69% de los trabajadores agrícolas eran extranjeros, un aumento de 10% respecto a 1989. En 1995 prácticamente todos los trabajadores agrícolas extranjeros eran mexicanos. De esta población, la proporción de inmigrantes ilegales pasó de 7% en 1989 a 37% en 1995.

tantes.³⁰ Los pueblos son mexicanos por sus habitantes, aunque en apariencia siguen siendo estadounidenses: las casas son de madera y tienen céspedes podados y jardines floridos que se abren, sin bardas, hacia calles limpias y ordenadas. Los niños van a la escuela y hablan inglés, mientras que los adultos hablan español, incluidos los comerciantes asiáticos y el anglosajón responsable de la compañía de agua, Paul, que se presenta con el nombre de Pablo. Las tiendas recuerdan a México y van de la “tortillería” a la “panadería”, donde se venden “productos mexicanos”, y la pizzería, que tiene una sección importante de “Mexican Food”. Las iglesias siguen la distribución lingüística: dos dan misa en inglés y dos en español. Este pueblo, aparentemente pacífico, tiene también sus bandas (*gangs*) de jóvenes: la semana anterior a la encuesta habían matado a un adolescente de un balazo en la cabeza. Ciertos detalles de las casas indican el grado de integración de los migrantes: las que revelan una integración incompleta están rodeadas por un jardín desordenado y realzadas con una decoración más fuerte; sobre todo, están cercadas o bardeadas. Un tema que los inmigrantes mencionan a menudo es el del crédito (obtenido a veces por medio de un prestanombres), que permite comprar una casa —a veces nueva—, pero que también inclina fuertemente al establecimiento y obliga a largos años de trabajo muy duro, que los informantes consideran “el límite de sus fuerzas”. Este recurso al crédito le da a las casas un aspecto terminado que contrasta con la apariencia provisional de la autoconstrucción cuarto por cuarto que prevalece en los medios desfavorecidos en México. Casi todas las personas interrogadas, hombres y mujeres, están empleadas “en el *field*”, como declaran ellas mismas en español, que es el equivalente estadounidense del trabajo “en el campo” de sus padres agricultores que se quedaron en el país. Esta diferencia en el vocabulario designa un trabajo que se parece más a la industria que al mundo rural original: división en grupos dirigidos por capataces, horarios fijos, pago por hora, criterios de rentabilidad aplicados a trabajadores asignados a tareas repetitivas y poco variadas.

Aunque sea anecdótico, enlistemos algunas características distintivas de las dos zonas. Los trabajadores temporales sólo se encuentran

³⁰ Se eligió esta población después de discutir su representatividad con Fred Krissman, antropólogo del Center of Latin American Studies, autor de una tesis comparativa sobre los migrantes de Zacatecas y Oaxaca en los pueblos de MacFarland y Fresno y conocedor de todo el valle de San Joaquín.

en la región de MacFarland: llegan con las vendimias o la cosecha de naranja o fresa y luego regresan a su país. Los Ángeles ofrece empleos que si bien son poco estables, no son estacionales. La proximidad residencial de los parientes que eligieron la misma calle o el mismo pueblo se observa con menor frecuencia en la zona agrícola, aunque las diferencias no son estadísticamente significativas. El peso de una tradición más rígida en su lugar de origen parece inspirar en los migrantes de MacFarland un discurso más virulento acerca de los peligros que representa Estados Unidos para sus hijos. ¿Se trata de una inquietud patriarcal?

La encuesta no se diseñó para ser representativa del conjunto de los migrantes, ni siquiera de los de Los Ángeles o MacFarland; los resultados estadísticos sólo son válidos para las personas encuestadas,³¹ aunque se aplicaron pruebas para saber si eran significativos. Sólo se conservaron los individuos de más de quince años de edad, normalmente capaces de una migración internacional autónoma. Los autores escogieron a los informantes según el azar de los encuentros, para reconstruir sus calendarios migratorio, matrimonial y profesional, así como las fechas de nacimiento de sus hijos (pregunta que se le planteó tanto a los hombres como a las mujeres). Cuando la familia reunía varias fratrias incompletas (por ejemplo, la de la esposa o del padre del jefe de familia), éstas se reconstruyeron a partir del miembro presente, quien ofreció las biografías de sus hermanos y hermanas exclusivamente. Este rodeo obligó a contentarse con biografías simples: sólo se recolectó la edad de la primera migración y el número total de las que le siguieron, y no su calendario detallado. Se pensó que los eventos matrimoniales se conocerían y recordarían mejor, de modo que se registró la edad al casarse, al enviudar o al divorciarse. Varias características individuales complementan el registro de las biografías, entre ellas el orden de nacimiento en la fratria, la combinación (*mixité*) de la unión, el hecho de que fuese una unión mixta, el motivo de la primera migración, la fecha en que se estableció la familia...

Bibliografía

Arizpe, Lourdes (1975), *Indígenas en la ciudad de México: el caso de las marías*, México, Sepsetentas.

³¹ Un total de 217.

- Courgeau, Daniel y Eva Lelièvre (1989), *Analyse démographique des biographies*, París, INED.
- Delaunay, Daniel (1996), "La dimension régionale de l'immigration mexicaine vers les États Unis: une application des systèmes d'information géographique et de l'analyse multi-niveau", trabajo presentado en el coloquio *Systèmes et dynamiques des migrations internationales ouest-africaines*, Dakar, 3 al 6 de diciembre (mimeo.).
- Department of Labor (1997), "A Profile of U.S. Farm Workers: Demographics, Household Composition, Income, and Use of Services", reporte elaborado por Richard Mines, Susan Gabbard y Anne Steirman, para la U.S. Commission on Immigration Reform, basado en datos de la National Agricultural Workers Survey (NAWS) (mimeo.).
- Durand, Jorge (1996), *Migrations mexicaines aux États-Unis*, París, CNRS.
- Henry A. et al. (1994), *La familia en el México urbano. Mecanismos de defensa frente a la crisis (1978-1992)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette (1994), *Gendered Transitions. Mexican Experiences of Immigration*, Berkeley, University of California Press.
- INEGI (1992), *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica, 1992* (Enadid), Aguascalientes.
- (1994), *Población y vivienda. Muestra estadística del XI censo general de población y vivienda, 1990*, Aguascalientes.
- IPUMS (1995), *Integrated Public Use Microdata Series: Version 1.0* [véase Ruggles, Steven y Mathew Sobek].
- Lévi-Strauss, Claude (1967), *Les structures élémentaires de la parenté*, París-La Haya, Mouton/Maison des Sciences de l'Homme [hay versión en español: *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Paidós, 1991; y Barcelona, Planeta/Agostini, 1993].
- Massey, Douglas S., et al. (1987), *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico*, Berkeley, University of California Press.
- Mines, Richard (1981), *Developing a Community Tradition of Migration: A Field Study in Rural Zacatecas, Mexico, and California Settlement Areas*, San Diego, Universidad de California (U.S.-Mexican Studies, 3).
- Monnett Jérôme (1990), "¿Poesía o urbanismo? Utopías urbanas y crónicas de la ciudad de México, siglos XVI al XX", *Historia Mexicana*, vol. 39, núm. 3.
- Ruggles, Steven y Mathew Sobek (1995), *Integrated Public Use Microdata Series: Version 1.0, IPUMS*, Minneapolis, Social History Research Laboratory, Universidad de Minnesota.
- Zúñiga, Víctor (1992), "Tradiciones migratorias internacionales y socialización familiar", *Frontera Norte*, vol. 7, pp. 45-74.